SENCILLA CUARESMA PREPARATORIA
A LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

Es propiedad
Copyright, 1931

Tipografía Catalana, Vich, 16 - Tel. 73733 - Barcelona

SENCILLA CUARESMA PREPARATORIA A LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

POR LA AUTORA DE

SOLA CON JESÚS



EDITORIAL IBÉRICA · P. Pugés
Calle de Londres, 188 · BARCELONA
1931

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona, 30 de septiembre de 1930

IMPRÍMASE

† MANUEL, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Sría. Ilma.
DR. RAMÓN BAUCELLS
Canciller-Secretario

PROLOGO

Cediendo a un impulso que creí de Dios, pensé un año prepararme a la fiesta de Pentecostés por medio de una Cuaresma, pues tengo especial devoción al Espíritu Santo. Tomé como puntos de oración mental algunos de sus divinos consejos o palabras, sacadas de las Sagradas Escrituras, lo que hice con gran provecho de mi alma.

Varias de nuestras Hermanas en Religión se sintieron movidas a hacer lo mismo, pidiéndome que les arreglara una serie de Meditaciones propias para este efecto.

He aquí el origen o el porqué de este librito que les ofrecemos hoy, y con ellas a las almas religiosas y piadosas deseando que, cuantos de él se sirvieren,

crezcan en la devoción a este divino Paráclito, y por ella, en virtud y en santidad.

Los diez primeros días de esta sencilla Cuaresma están dispuestos para la purificación del alma, tanto más necesaria para recibir a este divino Espíritu cuanto que, siendo El la pureza increada e infinita, sólo admite en su intimidad a las almas puras o purificadas.

Los treinta días restantes tienen por objeto el progreso, la renovación y la transformación del alma, disponiéndola así a recibir el dulce Huésped, que no solamente quiere visitarla, llenándola de sus preciosos dones, sino permanecer con ella todos los días de su vida, como su insigne, poderoso y divino Consolador.

Quiera este divino Espíritu derramar su celestial unción sobre estas pobres páginas, a fin de que obtengan el fin único por el cual se han escrito: no otro, que el de que sea El cada día más amado y conocido de todos y en especial de las almas consagradas a Dios, ya que como nadie le deben íntima gratitud.

Sabido es que pertenece al Espíritu

Santo, la santificación de las almas, y que se atribuyen a El las obras de amor. Pues bien: ¿qué es la vocación religiosa sino un llamamiento muy particular a la santidad, y una obra verdaderamente de amor, y de un amor de gran predilección por parte suya hacia el alma que la recibe?

Pero, el Espíritu Santo, además de ser el autor de nuestra vocación religiosa, es su protector y su conservador. ¡Cuánta necesidad tiene de ser protegida por el amor, toda vocación religiosa! Son tantos los enemigos que encuentra en su camino el alma que la abraza; tantos y tantos los que procuran robarle su tesoro, que es grande la protección celestial que necesita para mantenerse firme en ella; y nada hay tan poderoso para lograrlo, como el amor.

Esto es lo que hace el Espíritu Santo, y no solamente, la protege, sino que la conserva. La vocación religiosa aun en la misma Religión puede perderse: ejemplo de ello tenemos, desgraciadamente, con frecuencia. Las pobres almas que son infieles a ella, es siempre por haberse substraído a la acción del Espí-

ritu Santo, primero en cosas pequeñas y luego en cosas de importancia.

El alma que es fiel a sus divinas inspiraciones, la que no se aparta nunca de su dirección divina, no la pierde jamás. A veces, puede suceder que un alma no pierda del todo su vocación, pero sí, que en ella se menoscabe su vigor o su fuerza primitiva; pierda algo de lo que podríamos llamar su frescura, que no es otra cosa que el fervor que la acompañaba en sus primeros días.

El alma que esto experimente, vigile y acuda al Espíritu Santo, a fin de que, mediante una gran dosis de amor divino que le comunique, pueda conservarla en toda su pureza e integridad.

Si así lo hacemos, podremos recibir el gozo de nuestra gloria, dando gracias a Dios que nos ha llamado a los celestiales reinos (1).

Nuestra gloria es la de pertenecer a Jesús como esposas suyas; lo cual debe llenarnos de santa alegría, dándole continuamente gracias por ello y por habernos llamado a sus celestiales reinos, que

(1) Esdras, 2.

son para nosotras, aquí abajo, los de la gracia, del amor, de la virtud, de la santidad, de la unión divina, que tenemos ya en la Santa Religión, como prendas de la eterna dicha del cielo, que si somos fieles a nuestra vocación nos espera por ser señal de predestinación la vocación religiosa.

CUARESMA PREPARATORIA A LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO

PRACTICA PARA CADA DIA

Por la señal de la santa Cruz...

ACTO DE CONTRICIÓN

Por ser Vos quien sois, Dios mío, y porque os amo sobre todas las cosas, pésame, Señor, de haberos ofendido.

SECUENCIA

Ven, Espíritu Santo,
trayendo, desde el cielo,
rayos de tu virtud.
Ven, padre de los pobres,
ven, dador de los bienes,
ven, de las almas luz.

Consolador supremo,
del alma dulce huésped,
suavísimo dulzor;
descanso en la fatiga,
templanza en el bochorno,
consuelo en la aflicción.

¡Oh lumbre venturosa!
Inunda y llena todo
el corazón del fiel;
sin ti, nada en el hombre
hay de pureza y fuerza,
de ingenio y de poder.

Lava lo que está sucio,
riega lo que está seco,
cura la enfermedad;
lo torcido endereza,
en fuego puro torna
la estéril frialdad.

A los que en ti confían,
concédeles, benigno,
el septiforme don;
que es de virtud el mérito,
de la victoria el éxito,
eterno galardón.

Así sea. Aleluya.

SEQUENTIA

Veni, Sancte Spíritus,
et emítte cœlitus
lucis tuæ rádium.

Veni, pater páuperum,
veni, dator múnerum,
veni, lumen córdium.

Consolátor óptime,
dulcis hospes ánimae
dulce refrigérium.

In labóre réquies,
in aestu tempéries,
in fletu solátium.

O lux beatíssima,
reple cordis íntima,
tuórum fidélium.

Sine tuo númine,
nihil est in hómine,
nihil est innóxium.

Lava quod sórdidum,
riga quod est áridum,
sana quod est sáucium.

Flecte quod est rígidum,
fove quod est frígidum,
rege quod est dévium.

Da tuis fidélibus
in te confidéntibus,
sacrum septenárium.

Da virtútis méritum,
da salútis éxitum,
da perénne gáudium.

Amén. Allelúia.

CONSAGRACION AL ESPIRITU SANTO

¡Oh, santísimo y divino Espíritu! Desde ahora, me consagro enteramente a Vos, y de todo mi ser y de toda mi vida os hago el más completo *holocausto de amor.* en unión con María

Sí, os ofrezco mi alma, mi cuerpo y mi corazón, a fin de que os dignéis, no solamente purificarlos, santificarlos y consagrarlos, sino *divinizarlos,* mediante las íntimas operaciones de vuestra gracia y los ardientes efectos de vuestra infinita caridad.

Haced ¡oh, Espíritu Santo omnipotente y creador! que mi memoria, entendimiento y voluntad, cual *vasos sagrados,* se empleen únicamente en el servicio divino, sin que jamás entre en ellos elemento alguno que pudiera profanarlos por no ser santo... Que mis ojos no den nunca una mirada que pu-

diera desagradar a Jesús, ni mi lengua pronuncie una palabra que pudiera ofenderle, ni mis manos se apliquen en cosa alguna que no sea la del deber. Haced, en fin, que mi corazón sea para Vos ¡oh, divino e inmaculado Palomo! un verdadero nido de descanso por su pureza, amor y santidad; un nido tranquilo y silencioso donde me sea dado oír siempre vuestros amorosísimos *arrullos* e inenarrables *gemidos*, que me den a conocer sin cesar por vuestras santas inspiraciones, lo que queréis o no queréis de mí; para que, siendo siempre fiel a ellas, merezca, no sólo que vengáis a mí, sino que os apoderéis de mí y que me poseáis en el tiempo y en la eternidad como dueño absoluto.

Así sea.

PRÁCTICA

Llamar al Espíritu Santo, con mucho amor, varias veces al día; ya como luz, ya como médico, fuego, rocío, etc., según de El se sienta mayor deseo o necesidad.

MEDITACIÓN PARA LA VÍSPERA

PUNTO 1.º *Levántate, date prisa y ven* (1).

¿Quién me llama?

El Espíritu Santo. Y ¿quién es el Espíritu Santo?

Es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, es el lazo divino que une el Padre con su Verbo en un inefable abrazo de amor, por ser El precisamente el amor, el amor consubstancial, eterno e infinito, por ser este divino Espíritu, como el Corazón mismo de la Divinidad.

¿Qué quiere de mí y por qué me llama?

Me llama para que me *levante*. Levantarme es obrar, en adelante, con mayor perfección, progresar incesantemen-

(1) Cánt. II, 10.

te hasta subir a las más altas cimas de la santidad.

¡Oh! cuánta necesidad tengo de levantarme, de mis faltas, de mis imperfecciones, de mis apegos a las cosas terrenas, que me tienen a menudo *tendida en el suelo* de lo puramente natural y humano; en el de tantas y tantas aficiones, que cual pajitas pegadas a las alas de mi espíritu, le impiden levantar su vuelo hacia el cielo, hacia lo infinito, hacia Dios, haciéndole pesado y falto de las divinas energías, que para ello son necesarias.

PUNTO 2.° *Date prisa.* Me urge sí, levantarme, puesto que el tiempo vuela, el amor de Jesús me apremia, y si ahora no lo hago ¿cuándo lo haré? ¿Me determinaré a darme de veras a la virtud cuando ya no podré hacerlo? Y tanto más he de apresurar mi paso en el camino de la santidad y darme prisa en santificarme, cuanto que no sé ni el día, ni la hora en la cual vendrá Jesús a buscarme.

¡Animo, por tanto, alma mía! no es éste el momento de descansar ni el de dormir, sino el de levantarte y apresu-

rarte, a fin de llegar al término de la jornada, que para ti no es tan sólo la unión divina, sino tu transformación en Dios.

Mas, como no es posible que con mis pocas fuerzas pueda llegar a estado tan elevado y sublime, por esto el Espíritu Santo me dice: *Ven,* que es lo mismo que decirme: Yo te ayudaré, Yo haré todo esto en ti, si me lo dejas hacer, entregándote enteramente a Mí y no oponiendo jamás resistencia alguna a mi divina acción.

Esto es lo que deseo Espíritu Santísimo y lo que propongo con el auxilio de vuestra gracia, y más aún, con el poderoso auxilio de vuestro amor.

Día 1

Meditación. Sobre la creación

PUNTO 1.° *El espíritu de Dios me creó y el soplo del Omnipotente me dió la vida* (1).

Antes que Dios me creara yo no existía, me hallaba sepultada en los profundos abismos de la nada; luego, lo que ahora soy, el ser que tengo y cuanto poseo me lo ha dado Dios; dones son que de El he recibido; perteneciéndole todo lo mío y siendo yo suya y enteramente suya.

Mas, ¿qué es la vida que el *soplo del Omnipotente* me diera? En su origen, es como un suspiro de amor del Corazón de Dios, una como expansión de su infinita ternura para conmigo (2). En

(1) Job. XXXIII, 4.
(2) Génesis II, 7.

su causa, es una comunicación de su ser eterno, del infinito Ser de Dios, merced a cuya comunicación vivo, es decir, siento, amo...

En sus efectos, mi vida es un viaje del tiempo a la eternidad. Salí de Dios y vine al mundo, para luego dejar el mundo y de nuevo volver a Dios. He ahí mi principio y mi fin; de donde vengo y adonde voy; porque no he sido creada para la tierra sino para el cielo.

Pero, he de tener en cuenta que este viaje, que es mi vida, no es un viaje de recreo, ni una partida de *placer*... ¡Oh! no, de ningún modo.

La vida que tengo me la dió el Señor para que la emplee en su divino servicio y para gloria suya, no teniendo otro fin en ello que hacerme participante de su eterna bienaventuranza. Esto fué lo que le movió a crearme, el amor que me tuvo y el deseo grande de hacerme feliz y feliz con su misma felicidad; pues para serlo El infinitamente, como ya lo es, a mí no me necesitaba para nada.

PUNTO 2.° ¡Cuán engañadas están, pues, las almas que hacen de su vida

una fiesta perpetua, un banquete continuo, empleándola en buscar las satisfacciones terrenas y los contentos creados! Para tales almas, la vida viene a ser una ilusión y desilusión perennes, un conjunto de bienes aparentes y de males reales y, como dice el poeta, "un frenesí, una sombra, una ficción": un verdadero sueño, a cuyo despertar, verán muy claro la nada de lo que ellas amaron y buscaron, puesto que, como San Francisco de Sales enseña, "cuanto no es para la eternidad, es sólo vanidad". Según esto ¿qué es para mí la vida? ¿Cómo empleo este don tan precioso que me ha hecho Dios al concedérmela? ¿En qué forma hago yo este viaje tan serio, tan importante y tan trascendental para mí? Muchísimo me interesa considerarlo a menudo; no sea que, por distraerme durante el camino con los que encuentre o van conmigo, me halle al término de la jornada sin haber obtenido lo que debía haber sido la única preocupación de mi viaje, es decir, el fin por el cual fuí creada: la gloria eterna y en ella la posesión de Dios.

Día 2

Meditación. De la creación espiritual

PUNTO 1.º *Hicístele un poco menos o algo inferior a los ángeles, coronástele de gloria y de honor* (1).

Esto es, según el Salmista, la criatura humana. Pues bien, este poco menos que ángel que soy por naturaleza, mediante la gracia he de procurar *nivelarlo,* de suerte que me asemeje a él lo más posible y en todo. ¿Qué he de hacer, y qué omitir para ser como un ángel?

Un ángel es un ser purísimo, que no admite en *sí,* ni da de *sí,* más que lo de Dios; teniendo tanta más obligación de imitar a estos celestiales espíritus, cuanto que a las vírgenes se las considera como a los ángeles de la tierra, y a los

(1) Ps. VIII, 5.

ángeles como a las vírgenes del cielo, según un Santo.

También a mí me ha coronado el Señor de gloria y de honor, de un modo especialísimo. ¿Qué mayor honor que el de ser esposa de Jesús, de Aquel que es Rey del cielo y de los ángeles? ¿Qué mayor gloria que la de pertenecerle y estarle exclusivamente dedicada y consagrada? ¿Qué son, en comparación de este honor y de esta gloria, todos los honores del mundo y toda la gloria terrena, sino un poco de humo que se desvanece en un abrir y cerrar de ojos? ¿Cómo he correspondido y correspondo a esta gloria y a este honor?...

PUNTO 3.º *Le constituíste sobre todas las obras de tus manos* (1).

En efecto, el hombre o la criatura racional es la que ocupa el primer lugar en la creación y, sobre todo, la que tiene las amorosas predilecciones de Dios. De ahí que el Profeta Rey, admirado de ello, exclamara: "¿Qué es el hombre, Señor, para que así pongas en él tu corazón?" (2). ¡Qué gratitud y

(1) Ps. VIII, 8.
(2) Job. VII, 17.

qué confianza debe inspirarme el ser objeto del infinito amor de Dios, de su solicitud, de su interés, de los cuidados más que maternales de su Providencia divina!

Y pues, Dios me ha *constituído sobre todas las obras de sus manos,* yo a mi vez, debo colocarle a El en el *primer lugar de mi corazón;* en mis pensamientos, sentimientos, intenciones y en mi vida toda, no descendiendo jamás de las alturas donde El me ha colocado, o sea, manteniéndome siempre elevada sobre todo lo criado; evitando cuidadosamente el arrastrarme por el barro de las aficiones terrenas; y si alguna vez notare que alguna criatura pretende atraerme a sí, oiré que Jesús me dice: "No te metas en el lodo porque te mancharías." ¿Lo hago? ¿Es siempre Jesús, el *primero* en toda ocasión y circunstancia, en que me encuentro? ¿Nunca, ni en ninguna de ellas, le doy el *segundo* o *tercer lugar?*

Día 3

Meditación. Sobre el uso de las criaturas

PUNTO 1.º *Todas las cosas pusiste debajo de sus pies* (1). Débese guardar con relación a las criaturas el orden establecido por Dios: debajo de los pies hay que tenerlas, no encima de mi cabeza dándoles el primer lugar en mi amor, que sólo a Él es debido.

No nos ha puesto Dios las cosas criadas dentro del corazón sino fuera, a nuestros pies, debajo de ellos. *Tener las criaturas debajo de los pies,* es ser señora de ellas y no esclava. Es tomarlas o dejarlas según nos ayuden o estorben para ir a Él y unirnos con Él. ¿Dónde tengo yo las cosas de este mundo? ¿De ninguna criatura soy esclava?

(1) Ps. VIII, 7.

No he sido criada para ellas sino para Dios...

Desde el momento, pues, en que algo creado, ora de lo que poseo, ora de lo que encuentre durante mi travesía del tiempo a la eternidad, no me lleve a Dios, o me sea motivo de alguna imperfección, aunque ligera, debo dejarlo; en cambio debo acogerlo y tomarlo si me procura algún acto de virtud, *substrayendo* así de mi vida, todo lo que no sea Jesús o para Jesús, que es mi deber, en el cumplimiento de su divina voluntad.

PUNTO 2.º *Todas las cosas pusiste debajo de sus pies* (1). Mas, entre todas las cosas criadas, caducas y transitorias, ¿cuáles son las que he de tener *debajo de mis pies* actualmente, para que la gracia y el amor divino me puedan convertir en ángel, para que pueda vivir una vida enteramente celestial? ¿Cuáles son las que no me han de dominar, antes yo las he de dominar a ellas? ¿Cuáles las que constantemente he de pisar?

(1) Ps. VIII, 7.

Es todo aquello que no sirve para la eternidad y que no puede entrar conmigo en el cielo. Tan sólo así lograré poseer, y podrán echarse de ver en mí, las cualidades propias de un ángel.

El ángel baja a la tierra únicamente para cumplir la voluntad de Dios y, cumplida ella, vuelve al cielo. Yo he de bajar del mundo divino y volver a la tierra para hacer lo que de mí pida el deber; y, cumplido éste, volver al *cielo* de la divina unión.

El ángel permanece sereno y tranquilo cuando se le resiste o desprecia: indiferente cuando se le alaba o ama, siempre libre y superior a todo. Yo he de asemejarme a él en esto.

El ángel, en sus ocupaciones terrenas, no pierde nunca la divina presencia; todo lo hace con Dios, en Dios y según Dios. Yo he de hacer lo mismo.

El ángel, aun entre pecados, permanece puro, santísimo. Yo, aun entre tentaciones, he de permanecer como él, a una distancia del mal casi infinita. He ahí mi modelo... ¿Me parezco a El?

Día 4

Meditación. Sobre la indiferencia

PUNTO 1.º *Que el que llora sea como si no llorase, el que se alegra como si no se alegrase, el que compre como si no comprase... porque la figura de este mundo pasa* (1).

En este santo desasimiento e indiferencia me quiere Jesús; en esta completa libertad de espíritu y de corazón, tocante a todo cuanto es transitorio y, más todavía, a cuanto no es El; teniendo presente que lo mismo las penas que los goces de este mundo son tan sólo momentáneos. ¿Por qué, pues, afligirse mucho de las primeras y alegrarse con exceso de los segundos? Si ambas cosas han de acabar en breve con nuestra vida ¿por qué tener en mucho lo que de suyo vale tan poco?

La razón que da el Santo Apóstol

---

(1) I Cor, VII, 30, 31.

para establecer nuestras almas en la santa indiferencia y completo desasimiento de todo lo criado, es por ser figura, y figura únicamente pasajera, todo lo de este mundo. En esas palabras nos prueba que nada hay en él real y positivo, sino aparente. Una figura, ya sabemos que es, la misma palabra nos lo indica: una cosa ficticia que pretende representar o dar idea, o parecerse a otra que verdaderamente existe y en realidad es. Pues bien, siendo así, los verdaderos bienes, los goces reales y verdaderos no se hallan aquí abajo, sino en el cielo; debiendo sacrificar los terrenos para obtener los celestiales. ¿Lo hago así? ¿De qué clase son mis alegrías y mis pesares? ¿Son siempre según Dios?

PUNTO 2.° *¿Hasta cuándo, a manera de párvulos, amaréis la vanidad y buscaréis la mentira?* (1).

De ese no saber dejar lo falso por lo verdadero, la sombra por la realidad, en que incurrimos con tanta frecuencia mientras vivimos en la tierra, nos reprende el Espíritu Santo con las citadas palabras.

(1) Sap. I, 22

Amamos la vanidad y buscamos la mentira cuando amamos y buscamos alguno de los bienes perecederos de este mundo, de tal suerte que los preferimos a los bienes eternos; cuando preferimos nuestros gustos y satisfacciones a la virtud, a la santidad, a la unión divina. ¡Oh! cuán cierto es que quien esto hace, es semejante a los niños, que por lo dulce dejan lo provechoso. ¿Hasta cuándo se hace esto? Hasta que el fuego del amor divino prende en el corazón; porque, entonces, dirigiéndose el alma en todo por la verdad, que es la fe, busca y ama las cosas de arriba, y mirándose aquí abajo como extranjera para todo lo de la tierra, pasa a la manera que el peregrino por el camino que le conduce a la patria, completamente desprendida e indiferente para cuanto le rodea y encuentra a su paso. ¿Son tales mis disposiciones? ¿Sé tener a raya mis impresiones naturales? ¿No me dejo dominar por ellas? Mi vocación me obliga a mirarlo y apreciarlo todo *sobrenaturalmente*. ¿Lo hago?

Día 5

Meditación. Sobre el pecado

PUNTO 1.° *Bienaventurados los que andan siempre inmaculados por el camino de la Ley del Señor* (1).

¿Quiénes son estos dichosos? Son todos aquellos que no se han manchado, ni se manchan mientras van andando por el camino de su vida. Los primeros, por haber conservado su inocencia bautismal; los segundos, por su constante solicitud en guardar en su alma la más exquisita pureza, después de haberla alcanzado por la penitencia.

Estos son los que hacen las complacencias de Dios y los que, a su vez, encuentran en El sus delicias; puesto que a las almas puras ama Dios con predi-

(1) Ps. CXVIII, 1

lección, derramando en ellas sus más preciosos dones y admitiéndolas a su divina intimidad, en la cual hallan como un cielo anticipado en el mismo destierro.

Mas ¡oh, Dios mío! yo no he sido ni soy del número de estas almas felices cuya vida ha sido siempre pura, santa y sin mancilla. Yo he pecado, he ofendido a Dios y he manchado mi alma con innumerables faltas e imperfecciones y aun con muchos pecados.

Ahora mismo ¿puedo decir, con verdad, que no la mancho jamás; que por mi fidelidad, no sólo en el cumplimiento de la voluntad divina, sino a los menores deseos de Jesús, soy de los que no *pecan nunca,* y le dan gusto siempre? ¿Defiendo, a todo trance, la pureza de mi alma, y más todavía, su virginal integridad espiritual, de tal suerte que procuro en ella, no sólo la exención del mal, sino que todo sea puro, perfecto y santo en sus pensamientos, deseos y afectos? No debo olvidar, que en una *vida de amor,* cual debe llevar el alma esposa de Jesús, tiene suma importancia y grandes consecuencias una desaten-

ción, un descuido, una frialdad, una grosería para con El.

Punto 2.º *Repasaré mis años en la amargura de mi alma* (1) aunque sin desconfianza; porque *el Señor es rico en misericordia* (2).

¿Qué ha sido mi vida pasada? ¿Qué ha sido mi vida religiosa? ¿Qué es actualmente? ¿Puede estar satisfecho Jesús de como cumplo mis deberes de religiosa, de virgen consagrada a El y de esposa suya? ¿No soy una de estas religiosas a *medias* o una de estas vírgenes que, aunque puras, tienen la llama de su lámpara *amortecida* por falta de fervor, o una de estas esposas *caprichosas* que quieren ir siempre a la suya y que, por un gusto que le dan al Esposo le niegan cuatro; o bien, en lugar de dárselos a El se los dan a las criaturas o a sí mismas? Si el amor propio no me ciega, he de confesar que de éstas soy, si no siempre, con harta frecuencia y las más veces. Y ¿acaso es esto lo que Jesús debía esperar de mí, después

(1) Isai. XXXVIII, 15.
(2) Ephes. II, 4.

de haberme amado tanto y llenado de sus más preciosas gracias? ¿Después, sobre todo, de haberme ataviado de nuevo con la blanca vestidura con que me adornó en el santo bautismo, al unirme con El como esposa, en el día de mi profesión religiosa? Mi fidelidad, mi amor y mi unión ¿de qué clase han sido? ¿De qué clase son?

¿Cómo y de qué manera podré reparar mis pasadas infidelidades e ingratitudes, sino encerrándome desde ahora en la *blanca tienda de una vida inmaculada,* donde ame a Jesús tan intensamente, que nada le niegue en lo sucesivo de cuanto de mí pueda desear, de cuanto pueda complacerle?

Día 6

Meditación. Para la contrición

PUNTO 1.º *Pondrán sus ojos en mí a quien traspasaron* (1). Y dirán: *Pues, ¿qué llagas son ésas en medio de tus manos?* Y responderá: *En la casa de aquellos que me amaban, me hicieron estas llagas* (2).

Al contemplar a Jesús, herido, traspasado, cubierto de llagas, y pensar la parte que tienen en sus tormentos mis pecados... es imposible que no se parta de dolor mi corazón y que yo no muera de pena. Mas, este dolor sube todavía de punto y mi pena no admite consuelo, al considerar que en su propia casa, donde moran los que El ama y que le aman, donde moro yo también, es lla-

(1) Zac. XII, 10.
(2) Zac. XIII, 6.

gado, es herido y es traspasado Jesús; si no su cuerpo santísimo, ni sus manos, ni sus pies, su Corazón divino por la infidelidad de sus esposas, por su desamor y falta de correspondencia al que El les ha tenido y les tiene. ¡Cuántas veces, quizás, al mirar el Crucifijo, me podría decir Jesús: Estas llagas que ves en mis manos, me las haces o avivas tú con tus acciones poco conformes con mi voluntad santísima; las que ves en mis pies, con los pasos que das fuera de la senda rectísima de tus deberes religiosos, y por ende, de la santidad; la que ves en mi costado, la que me traspasa de pena y de dolor el corazón, ésta me la renuevas siempre y me la haces más honda y más profunda cuando, lejos de encontrar en ti mi infinito amor, del todo correspondido, hallo olvido, indiferencia y poca fidelidad.

PUNTO 2.º *Laméntate, alma mía, cual joven esposa que vestida de cilicio, llora al esposo que tomó en su edad florida* (1), cuyo dolor es intensísimo y cuyo amor es sin medida.

(2) Joel I, 8.

¡Oh! sí, ¡cuánto motivo tengo de llorar y de llorar a lágrima viva ante el recuerdo del Esposo divino que tomé en mi *edad florida,* es decir, en los días felices de mi inocencia, de mi fervor, de mi amor; en los días felices de mi unión con Jesús, de aquella unión tan dulce como fuerte, tan íntima como constante; en los días felices, en fin, en los cuales las flores de las virtudes me rodeaban y adornaban, agraciándome más y más a sus divinos ojos!

En la juventud, los sentimientos son más vivos, los amores más vehementes, los deseos más ardientes. Pues bien, con esos sentimientos de pena vivísimos, con este amor tan vehemente y ese deseo tan ardiente de reparar y de consolar a Jesús, debo llorar yo mis pecados, mis faltas y mis defectos; como *joven esposa* debo llorar, no como alma cuyo corazón ha perdido el vigor y tiene ya embotados sus afectos, sus sentimientos y sus deseos: cansada, por decirlo así, de la vida, de amar, de sentir y de desear.

La pena de haber ofendido a Jesús, debe ser una pena superior a toda otra

pena, aun tratándose de las menores indelicadezas que se hayan tenido para con El, que tan delicado y tan fino es siempre con nosotras.

Mas, no basta llorar; es necesario llorar *vestida de cilicio.* Es como si dijera que a las lágrimas ha de seguirles el sacrificio, o la mortificación, de cuanto pudiera ser motivo de recaer en aquello mismo de que se lamenta el alma, y llora amargamente por haberlo hecho o cometido. La mejor garantía de la sinceridad de su dolor, es la determinación de evitarlo en lo sucesivo. Sin esto las lágrimas valen muy poco.

Día 7

Meditación. De la muerte

PUNTO 1.º *Breves son los días del hombre sobre la tierra* (1), comparándose la humana existencia *a una flor que nace y se marchita casi a un mismo tiempo* (2).

¡Cuán cierto es! pues *apenas nacidos dejamos de ser* (3), como dice el Sabio.

A no tardar mucho, la muerte pondrá fin a mi vida y, a excepción de mi alma, que es inmortal, reducirá todo lo que soy y todo lo que tengo a la nada, de donde salí.

Si lo único que no muere es el alma, ella es la que debe tener mis mayores atenciones, cuidando con gran solicitud de su hermosura, que es su pureza, y dándole siempre la ventaja sobre todo

(1) Job. XIV, 5.
(2) Job. XIV, 2.
(3) Sap. V, 13.

lo demás; ya que de este mundo me llevaré tan sólo los actos de virtud que haya practicado, dependiendo de ellos mi felicidad eterna, que será mayor o menor, según sean más o menos perfectos dichos actos. Cuanto esto no sea, en la tierra quedará: el cariño, el honor, el bienestar, las distinciones... porque, como enseña Tomás de Kempis: "Hoy es el hombre y mañana no aparece, y quitándole de la memoria, muy presto se le quita del corazón." Esta será mi suerte, éste el remate o final de mi vida. Muy poco me importará si de ella me he servido para santificarme y entrar de lleno en los amorosos designios que tuvo Dios al concedérmela; pero si así no fuese ¡qué desencanto y qué pena tendría en aquel momento supremo en el cual la muerte me hará ver muy claro la nada de todo lo transitorio y mis grandes *desaciertos*, si he preferido a lo eterno lo que va a pasar y a pasar para siempre!... A fin de que no me acontezca tamaña desgracia, es necesario que de la tierra tome, únicamente, lo que me ha de servir para el cielo.

PUNTO 2.° *Como sombra declinan mis días* (1), pudiendo decir, que empezamos a morir desde el día en que nacemos; lo cual hace que casi sin sentir pasemos de la vida a la muerte, del ser al no ser, sin darnos cuenta: de la niñez a la juventud, de la juventud a la edad madura y de ésta a la vejez, estando ya con esto nuestra vida concluída.

Con cuánto acierto la compara el Salmista a una sombra. Y he de tener presente, y muy presente, que como dijo el Salvador divino, vendrá El y vendrá la muerte, como *ladrón* (2), esto es, cuando menos se piense; lo cual me obliga a estar siempre preparada, puesto que la muerte, cuando llega, no admite espera. Siendo así ¿estoy ya a punto de morir? ¿Vivo en tal pureza de alma que no me importe el que venga la muerte cuando quiera por hallarme siempre preparada para recibirla y recibirla con alegría? Para el justo, y todavía más para una religiosa fiel, la muerte es el principio de la verdadera vida, la po-

(1) Ps. CI, 12.
(2) Apoc. XVI, 15.

sesión de los verdaderos bienes, el deseado encuentro con Jesús, su primer abrazo de amor, su mutua entrega y su perfecta unión. ¿Cómo, pues, no desearla y por qué temerla? De lo cual se deduce que, para una religiosa fiel, el día de su muerte es un día feliz, un día dichoso, un día de una verdadera fiesta. Si ahora viniese la muerte ¿lo sería para mí? ¿No desearía tener algún tiempo todavía para darme más a la virtud, para perfeccionarme más y para *concluir la obra* de mi santificación que al llamarme Jesús a su Santa Casa me encomendó?

Vea, por lo tanto, qué he de hacer para que mis disposiciones y mis sentimientos sean los expresados; de suerte que al ver a Jesús pueda ya irme con El, sin necesidad de que para *mayor purificación* de la que he realizado durante mi vida, me aleje de El, ni siquiera por breve tiempo. Para ello he de vivir en tal pureza y santidad, que mi muerte, más bien que muerte pueda considerarla como la llegada del Esposo celestial que viene a buscarme para celebrar conmigo las bodas eternas.

Día 8

Meditación. Del infierno

PUNTO 1.° *En el infierno no hay redención posible* (1). El que entra allí, de allí no sale; pues se acabaron para él los efectos de la misericordia divina que con tanta frecuencia, en medio de nuestras penas y tribulaciones, nos anima, nos consuela y nos refrigera, valiéndose de mil medios que tiene y usa para ello.

No sucede así en el infierno: en él todo es dolor; todo puro sufrimiento lo que se experimenta; sufrimiento sin alivio, sin compasión, sin cariño; sufrimiento continuo sin tregua ni descanso, porque es eterno.

No hay quien por el infeliz condenado se interese, ni interceda, ni le tienda

(1) Offic. Defuct.

una mano amiga para sacarlo de aquel lago de fuego; ni hay tampoco quien le compadezca en sus atroces tormentos... nadie...; sufre en la amargura de su alma, en la mayor desolación de su corazón, los horrores que consigo lleva su tristísima suerte. En torno suyo el olvido, el silencio, el desprecio, la desolación, el abandono eterno, sin el menor rayo de esperanza, sin el más mínimo refrigerio, ni la menor posibilidad de alcanzarlo.

¿Qué son todos los sufrimientos de este mundo, qué todas las penas, aun las más amargas, todos los dolores íntimos del corazón comparados con los que en el infierno se sufren? Nada; como pintados son, comparados con ellos. Sí, la diferencia que existe entre una cosa real y otra pintada, esto es cuanto en esta vida se puede sufrir con lo que en el infierno se padece. De ahí que a los santos, se les hiciesen tan dulces las mayores tribulaciones y las sufriesen con tanta paciencia, con tanta perfección y con tanto amor, pensando que habiéndolos librado Dios de él muy poco era lo que de aflictivo les pedía o enviaba.

¿Son éstos también mis sentimientos? ¿Nunca por mis pecados he merecido el infierno? Y si lo he merecido ¿de qué me quejaré?

PUNTO 2.º *Lugar de tormentos* es llamado el infierno, en la Sagrada Escritura (1); y en su consecuencia, se le puede llamar también, región de llanto y de gemidos.

Lugar de tormentos en su pena de sentido; pero región de llanto y de gemidos, sobre todo, en su pena de daño. ¡Oh! ¡Qué gemidos tan hondos los del alma rechazada por Dios y para siempre! ¡Qué lágrimas tan amargas las suyas! Y más aún si esta alma hubiese gustado algún día las delicias de su unión y las caricias de su amor. No hay desconsuelo semejante a este desconsuelo. Es ya la desesperación, o un amor desesperado y convertido en odio entre ella y Dios.

Y si tan doloroso es para un corazón delicado, el desvío de un ser querido, de un ser de quien había sido tiernamente amado... ¿qué será para el

(1) Luc. XVI, 28.

alma a quien había amado tanto Jesús, oír de sus labios: *¡Apártate de Mí, maldita!*, acompañando estas palabras con una mirada de desdén, de desprecio y de indignación? ¡Ah! Es la maldición de un *amor herido* en lo más íntimo, delicado y fuerte de sus sentimientos; de un amor infinito y que debía ser eterno, no correspondido, más aún, despreciado. ¿Quién puede pensar esto sin estremecerse de espanto y no partírsele el corazón de dolor? Y ¿acaso un día podría ser ésta mi suerte? Podría serlo, si no vigilase y no tuviese muy a raya mis inclinaciones naturales, evitando las más ligeras faltas advertidas; puesto que en la pendiente del mal, es muy difícil que se detenga el alma que empieza a bajarla sin temor. Mi estado de religiosa, de virgen consagrada a Dios y de esposa de Jesús no me hace *impecable;* por lo cual debo estar muy atenta para no caer; tanto más cuanto que el enemigo envidioso de mi dicha hace todo lo posible para que caiga. El ángel pecó en el cielo... ¿Quién, pues, se tendrá por seguro?

Día 9

Meditación. Del juicio

PUNTO 1.º *Juzgará a las mismas justicias, y aun en sus ángeles hallará motas* (1).

A la muerte sigue el jucio de Dios, del cual ha de depender nuestro eterno destino. ¡Qué momento aquél en el cual aparecerán todos nuestros actos ya interiores ya exteriores y con todos sus detalles, ante la mirada purísima de Dios; de un Dios sapientísimo, santísimo y justísimo, y que, como dijo un día a nuestras Santa Hermana Margarita María: "Soy puro y no puedo sufrir la menor mancha"; de un Dios, en fin, delante de cuya presencia la luna carece de resplandor y ni las estrellas son limpias a sus ojos! (2). ¿Qué pensará de

(1) Job. IV, 18.
(2) Job. XXV, 5.

cada uno de mis innumerables pensamientos, sentimientos, intenciones, afectos, palabras y acciones? Pesados en la *balanza de la eternidad,* que es la de la voluntad divina, por ser la que en el cielo sirve de guía ¿qué valor tendrán y qué aprecio se les dará? No otro, que el que ella señale. De nada, pues, me servirá el que las criaturas les hayan dado, ora aprobando mis actos, ora alabando mis sentimientos, ora ponderando mis pensamientos, ora haciendo mucho caso de mis palabras, o al revés: el valor y el mérito de ellos ha de señalarlo el *peso divino,* que indicará según sea mi fidelidad en el cumplimiento de la santísima voluntad de Dios. Sabiendo esto ¿qué importancia he de dar a los humanos juicios y qué caso he de hacer del parecer humano? Ninguno; porque, como dice San Francisco de Asís, *somos lo que somos delante de Dios, y no más.*

Conviene mucho que no olvide esto a fin de que la mirada de la criatura no me haga torcer nunca el camino de la rectitud, ni el respeto humano tenga entrada en mi vida. La aprobación o

desaprobación divinas son las que tan sólo he de tener en cuenta, por ser las únicas verdaderas, y por lo mismo, aquello de lo cual dependen mi infelicidad o felicidad eternas.

PUNTO 2.º *De todas mis obras tenía yo recelo* (1); pues, *por más que me lave con aguas de nieve y reluzcan mis manos de puro limpias, sin embargo, me verá como sumergido en inmundicias* (2).

Si esto decía el Santo Job ¡cuánto más lo puedo decir yo! Son tan distintas nuestras justicias, o sea, la pureza de nuestros actos y su santidad, comparados con la pureza y santidad de Dios! De ello nos avisa nuestra Santa Hermana Margarita María, asegurándonos que aun en las obras que nosotras tenemos por más puras y por más perfectas, Jesús encuentra manchas e imperfecciones. *Los ojos del Señor son más claros que el sol* (3). Y ya sabemos que a la luz del sol, cuando él brilla

(1) Job. X, 28.
(2) Job. X, 30.
(3) Eccli. XXIII, 28.

o resplandece, se distinguen los átomos y aun las menores *sombras*.

Esto no ha de hacerme temerosa, ni vivir entre angustias; pero sí, ser con Jesús muy delicada, procurando hacer siempre mis obras con la mayor perfección posible.

Por lo demás, he de tener presente que en el juicio *no hay quien pueda interponerse como mediador entre los dos*, entre Dios y mi alma; ni en aquel día *tendré que dar mis descargos o excusas a otra criatura como yo, ni a quien puede ser igualmente citado a juicio* (1), sino a Aquel que todo lo sabe, porque todo lo ha visto; de manera, que nada es capaz de cambiar su juicio, siempre exactísimo y justísimo siempre; teniendo tanto más derecho a exigir en la cuenta hasta *el último maravedís o cuadrante* (2), cuanto que conoce perfectámente el alma y las gracias que le había dado, para que pudiese entrar de lleno y realizar los especiales designios de amor y santidad que sobre ella eter-

(1) Job. IX, 32, 37.
(2) Math. V, 26.

namente formara. A quien más se ha dado, más se le pedirá, siendo esto muy justo. Piénsalo, alma mía, como asimismo que nadie te acompañará al juicio, porque en él no se admiten recomendaciones de ninguna clase: sola con Jesús, recibirás tu merecido; no olvides, por consiguiente que, pues has recibido mucho de El, mucho se te ha de pedir.

Día 10

Meditación. De confianza

PUNTO 1.° *Habladle al corazón a Jerusalén; alentadle, pues se acabó su aflicción, ya está perdonada su maldad* (1).

Este es el oficio de los ángeles buenos, éste el encargo que les hace el Señor, el de alentar al alma, consolarla, inspirarle amorosa confianza en El... Si después de mis caídas y fragilidades, no experimento estos sentimientos, esté segura que no son los celestiales espíritus quienes hablan a mi corazón, sino el enemigo; no debiendo dar oídos a sus palabras, porque tienen por fin oprimir, turbar y desalentar al alma, a fin de impedirle que se levante y vaya de nuevo a Jesús para buscar en El su

(1) Isai. XL, 2.

purificación y su remedio. De ahí que, lo primero que hace el demonio es sugerirle que se aleje de Jesús, puesto que se ha manchado, haciéndole ver en El sólo su pureza, su santidad y su justicia, sin recordarle jamás su misericordia, que no tiene límites.

Completamente opuesta a sus sugestiones es la conducta de Jesús para con el alma que va a El arrepentida de sus faltas. *Yo mismo soy*, le dice, *el que borro tus iniquidades por amor de mí mismo, esto es, gratuitamente, y no me acordaré más de tus pecados, pues los desvaneceré como niebla* (1).

¿Puede haber mayor bondad que ésta? ¿Quién no se animará y alentará al oír un lenguaje tan amoroso e indulgente? ¿Quién no esperará o confiará en un Dios tan bueno? ¡Ah! *Es que conoce muy bien la fragilidad de nuestro ser y tiene muy presente que somos polvo* (2). Por esto, se hace cargo de nuestras caídas, sobre todo, cuando son más hijas de nuestra flaqueza que de falta de buena voluntad.

(1) Isai. XLIV, 22
(2) Ps. CII, 14.

No es Jesús como las criaturas, que a menudo nos perdonan tan sólo a medias, cuando en algo les hemos ofendido; El, cuando perdona, perdona *del todo,* no guardando en su Corazón, rencor ni resentimiento alguno.

PUNTO 2.° *En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David, a fin de lavar toda clase de inmundicias* (1).

¿Qué día será éste? Aquél en el cual toda alma caiga en pecado; para mí, aquel día en el que haya ofendido a Dios cometiendo alguna falta. ¿Cuál es esta fuente que siempre está abierta, y que por lo tanto mana incesantemente? Es la de la divina gracia que brota copiosísima del Costado herido de Jesús, y de cuya fuente, dice el mismo Espíritu Santo: *Derramaré sobre vosotros agua pura y seréis purificados de todas las manchas* (2).

Siendo esto así, corre, alma mía, a esta fuente sagrada, lávate en esta agua purísima, y no solamente lávate, sino tírate, sumérgete en sus cristalinas co-

(1) Zac. XIII, 1.
(2) Ezeq. XXXVI.

rrientes, pues de ellas saldrás más bien que pura, como *divinizada;* procurando luego no volverte a manchar. Pero, si por desgracia te sucediere tan gran mal, que cayese de nuevo alguna mancha en la blanca y hermosa vestidura con la cual te ha ataviado Jesús, no desconfíes, antes bien vuelve a la fuente, y báñate en ella, porque allí es donde recobrará su primitiva blancura y su belleza, cumpliéndose en ti estas consoladoras palabras del Espíritu Santo: *He aquí que he quitado de ti tu maldad y te he vestido con ropas de gala* (1).

Sí, *cuanto dista el Oriente del Occidente, tan lejos ha echado el Señor de nosotros nuestras maldades;* porque *como un padre se compadece de sus hijos, así El se compadece de los que le temen* (2). Ahora bien ¡cuánto más se compadecerá de las miserias de los que le aman!

(1) Zac. III, 4.
(2) Ps. CII, 12, 13.

Día 11

Meditación. Sobre la gracia de la absolución

PUNTO 1.º *Entona himnos, oh hija de Sión, canta alabanzas, alégrate y regocíjate, hija de Jerusalén. El Señor ha borrado tu condenación ahuyentando a tus enemigos* (1).

La gracia de la absolución sacramental obra en el alma que la recibe dignamente tan consoladores efectos, que da lugar a los júbilos interiores que ella experimenta al sentirse purificada y de nuevo en los brazos de Jesús, de quien recibe el ósculo de paz muy amorosamente.

¡Oh, qué gozo y qué consuelo tan íntimo es éste para la tal alma! ¡Cuán justo es que prorrumpa en alabanzas e

(1) Soph. III, 14, 15.

himnos de gratitud hacia su divino Libertador!

Si a un reo, momentos antes de ir al patíbulo, le compareciese el Rey, y rompiese delante de todos la escritura o documento en el cual se le condenaba a la pena capital ¿qué haría, qué sentiría su corazón hacia su caritativo Monarca? Tal favor sería superior a cuanto pudiera dictarle su agradecimiento, y así, no sabría cómo corresponder a él.

Nada o muy poca cosa es la gracia que recibiría dicho reo, con la que se me hace a mí, cada vez que recibo la absolución en el Sacramento de la Penitencia. Jesús entonces hace trizas, delante de sus ángeles, de la cédula de mi condenación, puesto que desde aquel instante ya pertenezco al cielo, ya soy suya y mis enemigos quedan vencidos por el poder de su gracia que poseo y mora en mí; pues, aun cuando un alma en gracia está sujeta a sus ataques y tentaciones, tiene medios poderosísimos para vencerlos y hacerlos huir; además de la especial protección que tiene de Jesús, quien, prendado de su hermosura, la guarda y la defiende con singular amor. ¿Qué he de hacer, pues, para a mi vez corresponder a la bondad de Jesús?

¡Oh! Si supiese cuán grande es la belleza de un alma en gracia, lo mucho que atrae a Jesús, nada perdonaría, no sólo para no perderla jamás, sino para crecer en ella sin cesar, lo cual se obtiene también, recibiendo ya en gracia la santa absolución.

PUNTO 2.º *Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor y el alma mía se llenará de placer en mi Dios; pues El me ha revestido con el ropaje de la salud* (el de la gracia) *y me ha cubierto con el manto de la justicia* (el de la santidad) *como a esposa ataviada con sus joyas* (1).

Aquí, la que se alegra, es más que rea perdonada; aquí es esposa engalanada y adornada; su gozo y su gratitud deben ser todavía mayores.

No es solamente el perdón que ha recibido de Jesús, sino los regalos de su amor; lo cual tiene lugar cuando el alma recibe el Sacramento de la Peniten-

(1) Isai. LXI, 10.

cia sin haber perdido la gracia divina, y mediante él recibe grandes aumentos de pureza y de santidad, entrando más de lleno en su divina unión.

Ropaje de salud es para el alma su *pureza,* y manto de justicia *la santidad,* ya que para aspirar a ella dejó todas las cosas y entró en la Casa de Dios, donde Jesús la recibió como queridísima esposa dándole muchas y muy hermosas joyas. ¡Oh! ¡Qué joyas tan preciosas da Jesús a un alma que, siendo ya pura, se purifica más y más; a un alma que por su fidelidad en la práctica de las virtudes todas, se santifica más y más!...

Vestida y revestida con *el ropaje de la salud y cubierta con el manto de la justicia,* aparece realmente a sus ojos como esposa ataviada con sus joyas, de presencia divina, de amorosa entrega, de unión constante. Sí, con sus joyas de enajenación de todo lo terreno, de candor, de olvido propio, de humildad profunda, de caridad perfecta, etc., que tanto la hermosean y atraen hacia ella al Esposo divino, a Jesús... ¿Tengo yo estas joyas? ¿Ando ataviada con ellas?

¿Cuál es el ropaje que me cubre y el manto que me envuelve? Si son el ropaje de la salud y el manto de la justicia los que me cubren, tendré la dicha de recibir como esposa los regalos de Jesús, que son sus gracias de predilección y las caricias de su amor; esas gracias y caricias pondrán el colmo a la felicidad que en su divina unión, en parte, ya poseo.

Día 12

Meditación. De la comunión

PUNTO 1.º *El Altísimo ha santificado su tabernáculo* (1).

¿Cuál es este tabernáculo que ha santificado el Altísimo, el Dios tres veces Santo?

Es mi alma, es mi corazón, es mi ser entero. Este tabernáculo es suyo, es propiedad suya, le pertenece, y le pertenece por muchos títulos; pues en él puso sus ojos, su corazón y su nombre.

Puso sus ojos en él al elegirme y preferirme a millares de almas por medio del llamamiento a la vocación religiosa; puso en él sus ojos y *su corazón;* porque después que me miró, me amó, atrayéndome a su divina unión, para la cual me llamó, y finalmente, puso en él su Nombre al hacerme esposa suya (2).

(1) Ps. XLIII, 5.
(2) III Lib. Reg., IX, 3.

Mas ¿cómo y de qué manera ha santificado el Altísimo su tabernáculo, este tabernáculo que soy yo misma?

Lo ha santificado por su gracia, lo ha santificado por su amor, lo ha consagrado y divinizado, y lo consagra y diviniza siempre que entra en él por la Santísima Comunión.

Después que un alma recibe a Jesús en su divino Sacramento y queda como transformada en El, puede con toda verdad decir: *El Altísimo ha santificado su tabernáculo;* más aún, lo ha consagrado y divinizado.

Y si un alma adornada de la divina gracia es tan hermosa ¿qué debe ser después de comulgar cuando, por su unión con Jesús, habita en ella toda la plenitud de la Divinidad? A esta alma y a cuantas tienen la misma dicha, se les puede muy bien decir: *Dioses sois vosotros e hijos del Altísimo* (1), ya que la unión eucarística las endiosa verdaderamente al transformarlas en Jesús, hasta poder decir que viven no ellas, sino que quien en ellas vive es El.

(1) Ps. LXXXI, 6.

Acércate, pues, alma mía, a la Sagrada Mesa con disposiciones tan santas que recibas y experimentes tan celestiales efectos.

PUNTO 2.º *Está en medio de ti el Señor Dios tuyo, el Fuerte. El te salvará; en ti hallará El su gozo y su alegría. Será constante en amarte: se regocijará y celebrará tus alabanzas* (1).

¡Oh! Sí, después de comulgar Jesús está en mí y yo estoy en El. Está en mí. ¡Qué honor! Yo estoy en El. ¡Qué felicidad!

¿Qué podrá, pues, temer el alma teniendo consigo y en su compañía el Fuerte, el que de todo peligro o riesgo difícil la puede y quiere salvar? Nada. Por esto decía, sin duda, San Juan Crisóstomo que deberíamos salir de la Sagrada Mesa *como leones,* esto es, llenos de sobrenatural fortaleza y *respirando llamas de amor divino.* Mas, para que Jesús encuentre en mí su gozo y su alegría cuando viene a mi corazón ¿qué he de hacer?

Hallará en mí su gozo y su alegría, si

(1) Sofonías III, 16, 17.

además de encontrarme muy pura, ve, que fuera de El, no hay cosa que me atraiga, ni me haga ilusión alguna. Hallará también en mí su gozo y su alegría, si enamorada de El, quiero y aplaudo siempre cuanto en mí o fuera de mí hiciere o dispusiere. Hallará, en fin, en mí su gozo y su alegría, si la fidelidad que como esposa le debo no se desmiente jamás, pudiendo El contar siempre conmigo, en toda ocasión y circunstancia, aun en los mayores sacrificios que me pudiere exigir o pedir.

Será constante en amarte. No es nunca Jesús, quien en el amor que tiene al alma se enfríe, quien cambia, quien deja de ser fiel. En su divino Corazón no existen estas subidas y bajadas, que en el de las criaturas se encuentran tan frecuentemente. Como El mismo dijo a una de nuestras Hermanas: "En mí no se hallan nunca desengaños; soy siempre el Esposo fiel." Bien lo sé yo por propia experiencia. ¿Cuándo me ha dejado de amar Jesús? ¿Cuándo me ha vuelto las espaldas? ¡Nunca! Porque si a El no le deja un alma, El no se separa nunca de ella.

No vayas, pues, alma mía, a buscar fuera de Jesús un corazón fiel, un amor sincero, y tan intenso, como delicado; porque no lo hallarás, ya que tan sólo El lo posee. Y si en El lo buscas y por El sacrificas todo otro amor, *se regocijará* y en el día de las grandes recompensas, *celebrará tus alabanzas.*

Día 13

Meditación. Del progreso en el bien comenzado

PUNTO 1.º *Prepárate todo lo necesario para transmigrar a otro país ¡oh, hija de Sión!* (1).

Lo primero que ha de hacer el alma, después de su purificación, es tomar todas las medidas necesarias para progresar en la virtud, para no ser ya lo que era, sino lo que no era y ha de ser, esto es, mucho mejor. A este cambio la invita el Espíritu Santo, con las palabras citadas.

Ahora bien, ¿a qué país ha de transmigrar la hija de Sión, o el alma que se ha unido ya con Jesús, no solamente por medio de la gracia, sino del amor? ¿Cuál el que ha de dejar? El que ha de dejar, es aquel en que vivía antes de

(1) Jerem. XLVI, 19.

darse del todo y de veras a Jesús; el país de lo puramente humano o natural, el de sus inclinaciones terrenas, el de sus gustos y propias pasiones, donde se hallan las faltas, los defectos y las imperfecciones; el país de la mediocridad en materia de perfección. De este país ha de transmigrar, para ir al mundo divino, que es el de la santidad, donde se hallan las virtudes en todo su apogeo.

¿Qué ha de hacer para ir a él? ¿Qué necesita para salir de donde está e ir donde Jesús la llama y donde la espera?

Una sola cosa necesita: generosidad, para decir adiós a todo cuanto no sea Dios, llevando tan sólo en su equipaje tres cosas: la fe, el amor divino y el olvido propio, lo cual no logrará si no es *hija de Sión,* o sea, alma interior y de oración, que es de donde ha de sacar la fuerza de que tanto necesita para estas *despedidas,* a menudo tan dolorosas para el alma que todavía no lo ha sacrificado todo para ser enteramente de Jesús. Si un alma no es interior, no conoce la diferencia grandísima que exis-

te entre lo temporal y lo eterno: de ahí, que le sea tan difícil, a veces, sacrificar lo primero a lo segundo. Si no es alma de oración, le sucederá lo que al profeta, que desfallecerá por el camino de la santidad por falta del alimento, que debía comunicarle la santa energía que para ello le es indispensable.

PUNTO 2.º *Estén blancos y limpios tus vestidos en toda ocasión y circunstancia y no falte en tu cabeza el bálsamo o perfume* (1).

No basta que el alma haya salido de la imperfección para ir a lo perfecto, es necesario, que persevere en el bien comenzado mediante la pureza en el alma, la santidad en las acciones y la devoción en el espíritu.

Pureza en el alma: Un vestido podría ser blanco y no estar limpio; así también un alma podría ser pura, por no tener pecados voluntarios, pero no tener la limpieza que es propia de una pureza exquisita, por admitir faltas ligeras o pequeños descuidos advertidos.

Para que estén, pues, blancos y lim-

(1) Ecles. XVIII, 8.

pios sus vestidos, que son sus actos o sus obras, es preciso que no se manche nunca: que no se manche al hablar, que no se manche al sentir, que no se manche al pensar, al amar; que permanezca siempre pura y en lo posible virgen, que es como decir purísima; virgen antes de hablar, en el hablar y después de hablar; virgen antes de sentir, en el sentir y después de sentir; virgen antes de pensar, de desear, de amar... y al pensar y al desear y al amar, como asimismo, después de pensar, de desear y de amar.

Esto es lo que quiere el Espíritu Santo del alma cuando dice: *Estén blancos y limpios tus vestidos en toda ocasión y circunstancia* (1). Circunstancias y ocasiones hay en las cuales es muy difícil no mancharse...; en los sufrimientos, en las contradicciones, en las tentaciones. Entonces es cuando de un modo especial ha de vigilar el alma, a fin de que ninguna faltita o descuido *salpique* por lo menos o empolve, su nítido ropaje.

(1) Ecles. XVIII, 8.

El *bálsamo o perfume* que encarga el Espíritu Santo que no le falte nunca al alma, es la devoción.

No carecer de devoción pide, que esté siempre dispuesta a practicar la virtud, a cumplir todas las voluntades y deseos de Jesús con amor, prontitud y fidelidad, que es en lo que consiste la esencia de la verdadera devoción o el fervor del espíritu. ¿Ando siempre perfumada con este bálsamo divino?

Día 14

Meditación. Necesidad del recogimiento y de la humildad

PUNTO 1.º *Métete entre peñas, escóndete en las cavidades de la tierra* (1).

Medio poderosísimo es para conservar la pureza del alma, para poseer esta limpieza y pureza exquisita que Jesús desea encontrar en ella, el recogimiento y la virtud santa de la humildad. Por esto, sin duda, el Espíritu Santo le indica cómo ha de lograr lo uno y lo otro.

En estas peñas, entre las cuales el alma se ha de meter, puedo ver las perfecciones divinas, entrando por ellas en Dios, mediante el recogimiento, la oración y la contemplación.

Como peñas se pueden considerar dichas perfecciones divinas por ser impenetrables al alma por sí misma, necesi-

(1) Isai. II, 10.

tando, que sea el Espíritu Santo, quien en la oración o contemplación se las dé a conocer; facilitándole el recogimiento, tan divinas ocupaciones, las cuales siendo, en sentir de San Juan Clímaco, *obra de ángeles,* piden al alma que ha de darse o entregarse a ellas, disposiciones celestiales y angélicas. ¿Las tengo?

¿Entre qué peñas vivo yo metida? ¿No me oprimen a veces las peñas durísimas de preocupaciones terrenas, cavilosidades, angustias, temores, ansiedades, que me sugieren el amor propio y las consideraciones humanas?

¿Vivo con Dios y en Dios siempre, embelesada con sus divinos atributos y gustando mi alma los frutos que de ellos se desprenden?

En cuanto a esas cavidades, donde me he de esconder, son las prácticas de humildad, sus silencios; los vacíos de gloria humana que ella deja; las profundidades que abre para mí en lo que pudiera hacerme sobresalir o lucir, o llamar la atención de las criaturas y ser a los demás preferida, procurando desaparecer por completo y escapar a toda

mirada humana, por el más perfecto anonadamiento propio y la más profunda humildad.

Un alma recogida, un alma de oración o contemplación, un alma humilde, atrae siempre las predilecciones del Espíritu Santo; y así, si quiero que venga a mí y me llene de sus gracias, he de procurar ser yo, esta alma. ¿Lo soy?...

PUNTO 2.º *Me he vuelto semejante al pelícano del desierto; parézcome al buho que mora entre ruinas* (1).

Dócil el alma a lo que el Espíritu Santo acaba de encargarle, dice lo que ha hecho y cuál ha sido el resultado de su obediencia.

El recogimiento cuando es grande, cuando es exterior e interior de potencias y de sentidos, forma en el alma un *desierto*, crea *esas soledades* de las cuales el mismo Espíritu Santo nos habla (2) y que tan deseables son para la que sólo desea amar y unirse con Jesús.

Ahora bien, el pelícano del desierto tiene una propiedad, de que carecen las demás aves y es alimentar sus polluelos

(1) Ps. CI, 7.
(2) Job. III, 14.

con su propia sangre. Para esto se hiere el pecho y con ella los sustenta y les da vida.

Si quiero, pues, parecerme al pelícano del desierto, debo a mi vez *herirme el pecho,* por el sacrificio de mis sentimientos, de mis afectos, de mis aficiones; por el sacrificio, en fin, de mi corazón: y con la sangre que de tal herida mane, alimentar también mis pollitos, que son mis deseos; mis deseos de amar de veras a Jesús, de ser santa, de vivir siempre unida con El; completamente desasida de todo lo que esto no sea, morando ya de hoy más, entre ruinas de honor, de cariño, de alabanzas, de interés, por haber sacrificado todo esto al amor divino, a la manera de ave nocturna, cual es el buho, que no atrae por su belleza y que huye de la luz; y así yo debo huir del resplandor del mundo, para buscar tan sólo las sombras y obscuridades de una vida *escondida con Jesucristo en Dios* (1).

¿No tengo otra ambición que ésta? ¿Me hallo en mi centro entre estas ruinas? ¿Me siento feliz?

(1) Colos. III, 3.

Día 15

Meditación. Conviene reducirlo todo a la divina unidad

PUNTO 1.º *Levántate, sal al campo y allí hablaré contigo* (1). Esta salida significa la enajenación de todas las cosas terrenas; de todo lo que es bullicio, desasosiego y disipación, para ir al *campo,* esto es, a la región de lo sobrenatural donde se respira el aire puro de la verdad, mediante la fe o el soplo divino del Espíritu Santo, que son sus divinos impulsos y movimientos; donde las flores de las virtudes se abren y *el Sol divino de Justicia* (2) brilla con radiante fulgor, en el reposo del espíritu y la paz del corazón.

Esta salida puede significar también, la propia enajenación, para ir al cam-

(1) Ezeq. III, 22.
(2) Malac. IV, 2.

po de la *simplicidad* del espíritu, de la *simplicidad* del amor y de la *simplicidad* de la vida.

La simplicidad del espíritu, lleva al alma a no tener más que un fin en todos sus actos; reduciendo a la unidad, a la divina unidad de Jesús todas sus miras y aspiraciones.

La simplicidad del amor, la lleva a lo mismo, siendo Jesús para ella el único objeto de su dilección y guardando sólo para El, la flor y nata de todos sus afectos.

La simplicidad de la vida, en fin, resulta ya de lo dicho, de manera, que el alma que ha logrado llegar a ella, no tiene más que un pensamiento, el de Jesús; un amor, el de Jesús; un querer, el de Jesús; un deseo, el de darle gusto; contentándose de lo que El le da para su santificación; y de lo que va poniendo en su camino, sin desear otras cosas...

Así, vive siempre tranquila; siempre está contenta y siempre es feliz. Su única ocupación es mirarle, amarle y entregarse a El, mediante una constante fidelidad; esto le basta.

Allí, dice, *hablaré contigo.* Muy favorable es para el trato íntimo con Dios, *el campo,* que esta triple simplicidad me ha mostrado

El Señor conversa con los sencillos (1), y les hace gracia de su intimidad. Pero ¿qué le dice al alma una vez se halla ya en el campo?

PUNTO 2.º *Escucha, hija mía y considera y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre y codiciará el rey tu hermosura* (2).

1.º *Escucha, hija mía,* es decir, está atenta a la voz de Dios, a lo que en el fondo de tu corazón te dice Jesús, su divino Verbo. Hija mía, dice: que es palabra de amor, palabra de ternura...

2.º *Considera.* ¿Qué ha de considerar? ¿Qué le muestra el Espíritu Santo al alma, que le atiende, que le escucha, que presta atención al lenguaje íntimo y secreto de su amor? Le muestra las joyas de las virtudes, las riquezas de la santidad, las delicias de la divina unión...

---

(1) Prov. III, 32.
(2) Ps. XLIV, 11.

3.º *Olvida tu pueblo.* ¿Qué se le pide? Se le pide el sacrificio de todo lo terreno, el del corazón y el de sí misma, significado por su pueblo y la casa de su padre... Esto es lo que constituye su dote, lo que se le va a exigir para obtener la sublime y divina alianza que se le ofrece..

4.º *El rey codiciará tu hermosura.* ¿Qué rey? El Rey de cielos y tierra, Jesús. ¿Qué hermosura codicia, cuál busca y cuál desea? La hermosura que tiene a sus ojos un alma pura, que llevada de su amor lo ha dejado todo, aun lo que más amaba... ¡Dichosa el alma de quien el Rey del cielo, codicia la hermosura! Codiciar, Jesús, la hermosura de un alma, es tomarla por esposa suya y darle cuanto le ha mostrado: las preciosas joyas de las virtudes, las riquezas de su amor y las delicias de su unión.

Día 16

Meditación. Cuán feliz es el alma que pertenece a Jesús

PUNTO 1.º *En delicioso sitio me cupo la suerte; hermosa es a la verdad la herencia que me ha tocado* (1).

¿Cuál es este sitio delicioso en el que me ha colocado el Señor?

Ante todo, es la Santa Iglesia, su misma heredad. ¡Oh! ¡Qué sitio éste tan delicioso para las almas que a ella pertenecen! Allí, los vergeles siempre amenos de la gracia, llenos de las flores más finas y olorosas. Allí, también, los frutos más dulces y exquisitos que produce el árbol fecundísimo del amor divino.

Contempla, alma mía, estas flores y

(1) Ps. XV, 6.

estos frutos en la variedad de santos que posee y la embellecen; contempla las azucenas fragantísimas de sus vírgenes; las rosas purpurinas de sus mártires; la diversidad de hermosas flores de todas las estaciones, de todos los climas, de todos los países, en los Confesores.

Gusta los sabrosos frutos de santidad que hay en ella, y encantada con su sabor, aspira a ser tú también uno de ellos, que es lo mismo que decir, a ser santa.

Grande es el beneficio que me ha concedido el Señor, haciéndome nacer en el seno de la Santa Iglesia; pero ha querido añadir a él otro, que nunca podré agradecerle bastante, cual es el de la vocación religiosa, admitiéndome por él en su santa Casa, en lo que podríamos llamar, su *jardín de recreo*.

¡Oh! ¡Qué frutos tan riquísimos le es dado gustar al alma religiosa, qué flores tan delicadas puede coger! ¡Los frutos del sacrificio, de la abnegación, de la dependencia, que tan dulces son al corazón que ama a Jesús; las flores de las virtudes perfectas, cuyo perfume

le es tan agradable y a ella tan grato podérselas ofrecer!

Con cuánta verdad puede decir el alma, desde el día que a la Santa Religión es llamada: *En delicioso sitio, me cupo la suerte;* y aun añadir: *Hermosa es a la verdad la herencia que me ha tocado.*

Como hija fiel de la Santa Iglesia, la herencia que me ha de tocar es el cielo.

El cielo, es la plenitud de todos los bienes y la ausencia de todos los males. El cielo, es la posesión de Dios y el ser el alma de El poseída, en un amor purísimo, santísimo, divino, y en un abrazo eterno.

Mas, para el alma religiosa, siendo la divina unión, la hermosa herencia que le ha tocado, tiene ya en la tierra el cielo, de cuyas delicias purísimas y goces disfruta en ella, anticipadamente.

PUNTO 2.º *Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida* (1).

De poco aprovecharía a un alma el haberse consagrado a Dios si luego se relajara poco a poco en sus deberes

(1) Apoc. II, 10.

para con El; puesto que no está el mérito, en sólo empezar bien la vida religiosa, sino en continuarla y terminarla santamente. De ahí, que el Espíritu Santo nos encargue esta constante fidelidad; una fidelidad que no se desmienta nunca y que persevere hasta morir.

Sin esta fidelidad siempre sostenida, nuestra vida religiosa sería intermitente; tendría muchas subidas y bajadas, experimentaría o se vería sujeta a muchos cambios.

Por lo demás, a esta fidelidad hasta la muerte viene obligada una esposa, aun en la unión terrena conyugal. ¡Cuánto más está obligada a ella el alma que tiene la dicha de ser esposa de Jesús, siendo El con ella siempre tan fiel! Mi fidelidad debe, pues, extenderse a todo, a lo grande y a lo pequeño, a lo que es de obligación y a lo que es la expresión de un simple deseo de Jesús; y en esto último es, sobre todo, en lo que más se le prueba la fidelidad. Nos manifiesta lo primero por las santas Reglas, los santos votos y la santa obediencia; y lo segundo, por sus divinas inspiraciones.

Pero ¿qué es ser fiel? Ser fiel, es hacer en todo y exactísimamente lo que nos manda el deber sin quitarle, ni añadirle cosa alguna y hacerlo con mucho gusto y amor; siendo precisamente la fidelidad, la piedra de toque del verdadero amor.

Sé, pues, fiel alma mía, a lo que has prometido a Jesús, a lo que El desea y pide de ti, hasta la muerte, sin tener en cuenta lo que te cueste o mortifique el serlo, a fin de que, también tú puedas recibir la *corona de la vida.* ¿Cuál es esta corona? Es, para los justos, la de la gloria eterna: mas, para las vírgenes, es el mismo Jesús de una manera más especial, como canta la Santa Iglesia: *Jesu corona Virginum.* ¡Cuán poca cosa me han de parecer, pues, los mayores sacrificios con tal de poderla obtener! no olvidando que mi santidad depende de mi fidelidad al deber, a la gracia y al amor. Siempre, por lo tanto y en toda ocasión y circunstancia, debo ser, mostrarme y aparecer, como la virgen fiel o la esposa fiel a Jesús...

Día 17

Meditación. Sobre la vigilancia que se necesita para no caer

PUNTO 1.º *Al que venciere le daré a comer un maná recóndito y será revestido de ropas blancas y no borraré su nombre del libro de la vida* (1).

No es posible que el demonio mire con indiferencia el progreso del alma y así por todos los medios posibles procura estorbarlo.

El Espíritu Santo, con las hermosas palabras citadas la anima; y a fin de que no desfallezca, le hace ver los grandes bienes que puede reportar de sus luchas.

Mientras vivimos en este mundo estamos sujetas a tentaciones y en su consecuencia a combates, entre la gracia y

(1) Apoc. II, 17 — III, 5.

la naturaleza, entre el amor divino y el amor propio. El estado religioso no solamente no nos libra de ellos, antes los aumenta muchas veces. Lucha hubo en el Paraíso terrenal y en el estado de inocencia o justicia original; lucha y lucha encarnizada en el mismo cielo... ¿Quién creerá, pues, que pueda vivir sin luchas? Nadie. Lo que nos importa, es saber luchar bien para recoger el fruto de ellas. Para luchar bien, es necesario no desfallecer en la lucha, combatiendo con denuedo, con esfuerzo y con serenidad. El alma que se aturulla o se asusta está perdida; pues el demonio la acorrala y la vence, o por lo menos se divierte con ella.

Fruto son del buen combate y de la victoria que de él reporta el alma, comer *este maná recóndito* que promete Dios al vencedor, en el que podemos considerar la divina unción, cuyo delicioso gusto, contiene toda clase de sabores y a cuya inefable dulzura ninguna de la tierra puede compararse.

Las ropas blancas con las cuales reviste al alma, después que ha salido victoriosa de los ataques de sus enemigos,

significan la pureza o los aumentos de pureza de que queda adornada; aconteciendo en el alma, lo que sucede con las olas del mar, que cuando se encrespan arrojan a la orilla las inmundicias que contiene. En las espirituales refriegas, en las tentaciones o en las luchas, ella también echa de sí, cuando se mantiene fiel, muchos elementos que había en ella contrarios a las virtudes y por ende a la santidad.

En cuanto a *no borrar su nombre del Libro de la vida,* es lo mismo que decir, que le cuenta el Señor en el número de sus elegidos; recompensa superior a toda otra recompensa.

PUNTO 2.° *Pon un centinela que te avise de todo lo que observe* (1).

Por muy victoriosa que salga siempre un alma de sus combates, no por esto se puede dar por segura, y dormirse, como suele decirse, sobre sus laureles; ¡oh! no, porque por poco que se descuide, podría dar un *paso en falso y caer. El que esté en pie, mire que no caiga* (2).

(1) Isai., XXI, 6.
(2) I Cor., X, 12.

Por esto el Espíritu Santo nos encarga que estemos siempre prevenidos y siempre atentos al aviso que para ello recibamos del centinela, que con nosotros vigila también. ¿Cuál es este centinela? Este centinela, que ha puesto para nosotras el mismo Dios, a fin de que nos guarde y nos defienda, en casos de peligro grave, es nuestro ángel custodio, quien enciende en nosotras esta luz viva y esplendorosa, que se llama la *conciencia* y en los casos en que no entra el precepto divino, sino el beneplácito de Jesús, *el amor;* ese amor *celoso,* que se hace ojos para distinguir, aun de lejos, lo que le gusta más o lo que no le gusta o le gustaría menos, para hacerlo u omitirlo.

¡Oh! ¡Qué centinelas éstos, tan solícitos y llenos de interés para nuestro bien!

Alma mía, mantén tu mirada siempre fija en ellos y está atenta a su voz.

Cuando nada temes y te crees segura, se presenta el enemigo; cuando no sospechas siquiera que hay un peligro para ti en esta o en aquella palabra o pensamiento o deseo, levanta el grito de

alarma el celestial centinela y te dice: No te es lícito; no lo puedes querer, no lo puedes decir, no lo puedes pensar, no lo puedes hacer. ¿Soy siempre dócil a su caritativo aviso? ¡Ah! ¡Cuántas veces he dejado de serlo y por no serlo he sido víctima de los engaños de mis enemigos!

Tocante *al amor celoso,* nadie como El es clarividente, nadie como El descubre al alma lo que se le opone y lo que le es contrario; de cosas pequeñísimas avisa a menudo; pequeñísimas en sí, pero de suma importancia en sus efectos, siendo el peor entre ellos, el de incapacitarla, para que goce de las puras delicias de la unión divina, que reclama tanta pureza y tanta exquisitez o perfección de ella en el alma.

Día 18

Meditación. De la tristeza y de la alegría

PUNTO 1.º *Arroja lejos de ti toda tristeza* (1).

Es tan perjudicial para el alma la tristeza, la detiene tantísimo en el camino de la santidad, por dejarla sin fuerzas, ni espirituales energías para el bien, que el Espíritu Santo me encarga que huya de ella y que la arroje de mí en cuanto sienta su presencia.

La tristeza hace en el alma lo que la carcoma en el madero y la polilla en el vestido: la roe, la consume, haciéndola infeliz, pudiendo ser tan dichosa.

Este es el fin que el enemigo se propone; desalentarla, fastidiarla de la virtud, alejarla de Dios, valiéndose para

(1) Eccles., XXX, 24.

ello, ya de pensamientos angustiosos sobre su pasado, ya de aprensiones sobre el porvenir; lo mismo le da, con tal de entristecerla y de hacerle perder estos santos alientos, que le son tan necesarios para llevar a cabo la obra de su santificación, de suyo ya tan difícil algunas veces.

No debo escuchar nunca sus razones, ni admitir en mí pensamiento alguno o idea que me entristezca; recordando lo que dice San Francisco de Sales, mi dulcísimo Padre: Que un santo triste, es un triste santo. Tales santos, lejos de atraer a la virtud, retraen de ella.

Debo también tener presente, que en las almas que van de bien en mejor y que trabajan en su perfección con empeño y buena voluntad, es propio del enemigo turbarlas, entristecerlas y angustiarlas; como lo es del ángel bueno animarlas, dilatarlas, alegrarlas... Lo dice San Ignacio de Loyola. En tanto, pues, que perseveren en mí las buenas disposiciones indicadas, no he de tomar nunca como *de Dios* sentimiento alguno o pensamiento o idea que me turbe, me abata o me entristezca. ¿Lo hago

así? ¿No me coge nunca el demonio por el lado de la tristeza o de la melancolía?

PUNTO 2.º *El ánimo alegre mantiene la edad florida* (1).

Tanto cuanto es perjudicial en un alma la tristeza, le es favorable la alegría. Por esto he de procurar mantener siempre en la mía esta disposición. Me la procurará una constante fidelidad en el servicio divino, pues escrito está en las Sagradas Páginas, que es *herencia de los rectos de corazón* (2), o sea, de los que lo tienen puro.

La buena conciencia, dice Tomás de Kempis, es un festín perpetuo; que es lo mismo que decir, que quien la tiene está siempre contento y como de fiesta. Y así como la tristeza quita las fuerzas del alma, y mengua sus energías para el bien, así la alegría las dobla. De ahí, lo que dice el Espíritu Santo: *Que el ánimo alegre mantiene la edad florida.* ¿Cuál es la edad florida sino los juveniles años en los cuales, quien los tiene,

---

(1) Prov. VII, 22.
(2) Ps. XCVI, 11.

está en la plenitud de la vida, de manera, que los sentimientos, los afectos, los pensamientos, los deseos, son en él como flores apenas abiertas, y que, por lo mismo, conservan su frescura, es decir, su pureza?

Una persona en esta edad, es animosa, es jovial, es fuerte, está dispuesta para todo. Los mismos efectos produce en el alma la alegría. Y por alegría, no hay que entender la disipación, ni las risas inmoderadas, ni las ligerezas, ¡oh! no, porque la de que aquí se trata no es nada de esto; no es una alegría vana ni terrena, ni mundana, sino la que procede de un contento interior y tranquilo, de un gozo íntimo que no se bebe en las fuentes de las criaturas sino en Dios, por ser fruto de la justicia, de su gracia y amistad, por ser fruto en fin de una amorosa y constante unión con El.

San Agustín, me dice dónde se halla este gozo y esta alegría que es propia para mí: "La alegría de las vírgenes de Cristo, es el mismo Cristo." Y nuestro Santo Padre, me lo enseña también al decir: "Toda su alegría deben ponerla

en Dios." Si aquí la busco la encontraré siempre, por más triste que me sienta, por tribulaciones que tenga, por sufrimientos que me molesten. Mas, si en otras partes pretendo encontrarla, no es posible que la halle, por lo menos verdadera..

¿Suelo tener siempre en mi interior esta alegría? Si de ella carezco alguna vez, vea bien si es por haberse terminado en mi vida los días de mi inocencia religiosa o los de mi espiritual juventud, en los cuales el alma no anda *dividida* entre lo celestial y lo terreno, antes concentrada en Jesús su vida toda, le busca, le ama y le sirve en la simplicidad de su corazón.

Día 19

Meditación. Sobre el origen divino que tienen todas las cosas

PUNTO 1.º *Ninguna cosa sucede en el mundo sin motivo: que no brotan del suelo los trabajos* (1).

Mientras vivimos en la tierra y andamos por ella peregrinando hacia el cielo, nuestra verdadera patria, nos vemos obligadas a pisar más espinas que flores... *Valle de lágrimas,* llama a la vida presente, la Iglesia nuestra Madre, y con el nombre que se le da de destierro, se nos muestra muy claramente, que el sufrimiento tiene muy buena parte en ella y que el pan del dolor es muy a menudo nuestro alimento.

Para alentar nuestras almas, en los apurados trances en que pudiéramos

(1) Job., V, 6.

hallarnos, nos descubre el Espíritu Santo, el *origen divino* de todas las cosas, a fin que no viendo en ellas más que a Dios, su amor y su bondad, entremos en sus designios y las recibamos con amorosa sumisión y aun gratitud.

El fin que el Señor se propone al enviarnos lo que nos sucede, es siempre no sólo nuestro bien, sino nuestro mayor bien; siendo para nosotras lo mejor, aunque no lo muestren las apariencias...

Si esto pensase ¿cuándo me turbaría, me inquietaría o entristecería? Nunca. Mi vida se deslizaría en la paz más profunda y en un sosiego y descanso lleno de delicias. Pues, para mí, desaparecerían los motivos humanos, que a las veces me desconciertan y desorientan, en lo que me sucede, para ceder su lugar a los motivos divinos, los cuales tanto consuelan y aun recrean al alma al descubrirlos y darse cuenta de ellos y de los altos fines que los acompañan. Porque, *si del suelo no brotan los trabajos,* del cielo han de venir. ¡Oh! sí; su procedencia es celestial; y si es celestial, es excelente.

Después de tan consoladora verdad, ¿qué ha de hacer el alma sino abandonarse ciegamente en los brazos de Dios, dejándole hacer de ella cuanto quisiere y recibiendo con amor cuanto su *amor le envía?* ¿Qué ha de hacer sino descansar del todo en El sin querer escoger o elegir por sí misma cosa alguna?

Entonces es, cuando las espinas se le convierten en flores, y lo que era *valle de lágrimas* en verdadero paraíso; porque, desapareciendo para el alma, las causas segundas, lo único que ve es el amor infinito de Dios, que cual madre cariñosa lo dirige todo en provecho suyo.

PUNTO 2.º *Estará cerca de El con confianza y allí morará siempre como en cámara nupcial y reposará en sus brazos* (1). ¿Quién? *Benjamín el muy amado.* Y lo mismo el alma, que como Benjamín de su padre, merece las predilecciones de Jesús.

¿Cuál es esta alma?

La que le está completamente dada, entregada y abandonada; la que pone

(1) Deut., XXXIII, 12.

o hace consistir toda su felicidad en amarle, complacerle y estarle unida, prescindiendo de todo lo demás. En tales almas el Espíritu Santo obra verdaderas maravillas de pureza, de amor y de santidad; las que, correspondidas por ellas, les dan derecho a los grandes privilegios indicados; porque para estar cerca de Jesús con confianza es necesario que el alma le sea siempre muy fiel y que en sus relaciones con El siempre sea muy fina y delicada, de suerte que pueda El darle a gozar las purísimas e inefables delicias de su intimidad; que esto significa, morar siempre en *cámara nupcial y reposar en sus brazos.*

El lugar propio, en efecto, del alma amante y completamente abandonada a Jesús son sus brazos divinos. Mientras que otras almas, que no del todo se han dado a El, permanecen a sus pies, ella sube confiadamente hasta su seno y descansa amorosamente en sus divinos brazos.

Estas almas son, según San Francisco de Sales, los Benjamines de *su amor* y sus muy amadas.

Cuanta más fidelidad, y más amor

para con Jesús, más confianza; y más santa, aunque siempre *respetuosa,* libertad para con El.

Si yo quiero tener la dicha que tienen estas almas, a un abandono completo y amoroso, debo unir una fidelidad a toda prueba y una delicadeza exquisita, en mis relaciones con El.

Día 20

Meditación. De la felicidad de que goza el alma que del todo se ha dado a Jesús

PUNTO 1.º *Sus caminos son deliciosos y llenas de paz todas sus sendas* (1).

¿Cuáles son estos caminos tan deliciosos y estas sendas tan llenas de paz, de que nos habla el Espíritu Santo?

Son los caminos por donde pasa el alma que de veras y del todo se ha entregado a Jesús, del alma completamente abandonada a El.

Que sean sus caminos anchos o estrechos, llanos o escabrosos, y que ande, aunque sea entre precipicios, para dicha alma son siempre deliciosos; porque en ellos no encuentra más que el amor, el amor de Jesús, siendo el amor, el que va con ella y el que siempre la acompaña.

(1) Prov. III, 17

Ahora bien: ¿hay cosa más dulce que el amor? Y si el amor es divino y de un corazón divino procede ¿puede haber cosa más deliciosa que ser objeto de este amor y andar el alma con él y por él escoltada, sostenida y confortada? No puede haberla.

Esta es la parte, ésta la herencia del alma abandonada a Jesús: y si quiero, puede ser la mía.

Pero, no son sólo deliciosos los caminos que sigue esta alma, por ser caminos de amor, sino que es grande la paz de que goza si anda por ellos.

Se comprende, porque ¿cómo puede temer la que sintiéndose amada de Jesús se halla entre sus brazos? Anda el niño tranquilo y sonriente entre peligros y más peligros, porque tiene toda seguridad y descanso en su madre, de cuyo cuello está asido... ¿Con cuánta mayor seguridad y descanso le es dado ir al alma, aunque sea entre peligros, yendo con Jesús, que como dijo a Santa Margarita María, no le ha de faltar socorro mientras a El no le falte poder? Y ¿cuándo le ha de faltar poder al que es Omnipotente y a quien se le

dió todo poder en el cielo y sobre la tierra?

Y si el amor es, como he visto, la parte y la herencia del alma abandonada a Jesús, la paz más profunda, junto con el amor, va con ella siempre. De ahí que *estén llenas de paz todas sus sendas,* siendo ésta la recompensa del alma que, santamente olvidada de sí, se deja enteramente a los cuidados de Jesús y en todo descansa en El.

PUNTO 2.° *Los ojos del Señor están siempre fijos en los que le aman* (1).

De grandísimo consuelo son para el alma estas palabras del Espíritu Santo, pues si siempre tiene Jesús los ojos fijos en ella, nada escapa a su divina mirada, a esta mirada no vaga, ni indiferente, ni distraída, sino atenta, amorosa, solícita; ni los sacrificios, ni los vencimientos, ni los deseos, ni lo más oculto del corazón, le pasan a El inadvertidos, antes lo ve todo y de todo se da perfectamente cuenta.

No acontece lo mismo con las criaturas: a menudo nos sacrificamos o mo-

(1) Eccli., XXXIV, 15.

lestamos por ellas sin que se fijen, ni den importancia a nuestros sacrificios, ni hagan caso de nuestras molestias, dejando de apreciarlas.

Mas con el Señor no sucede lo mismo, porque nos mira sin cesar y con el mayor interés; su mirada divina nos sigue y acompaña siempre, de día y de noche, a solas y en compañía, cuando sufrimos y cuando gozamos: jamás se desvían de nosotras sus ojos divinos.

Como queda dicho, de grandísimo consuelo, es esta verdad, pero exige también fiel correspondencia y un trabajo incesante para que, al posarse o detener el Señor en nosotras su mirada, no halle nunca acto alguno, por insignificante que sea, que pueda herir en lo más mínimo su santidad infinita o que le obligue a apartar de él sus divinos ojos.

El Salmista correspondía a esta mirada amorosa de Dios cuando decía: *Mis ojos están siempre fijos o puestos en el Señor* (1). También yo, debo corresponder a ella haciendo lo mismo.

(1) Ps. XXIV, 15.

Mis ojos, los de mi alma, que son mis pensamientos, debo tenerlos fijos en El; mis deseos, que son los de mi corazón, no debo nunca desviarlos de El... Pide esto, el sacrificio de todo pensamiento inútil, que pudiera apartarme o distraerme de Jesús; todo deseo, que no tuviera por fin el cumplimiento de sus deseos o la unión con El.

Día 21

Meditación. Sobre el perfecto desprendimiento de cuanto no es Dios

PUNTO 1.º *Ve y despójate de tu saco o sayal y quita de tus pies el calzado* (1).

Para el alma que pretende la unión divina, la unión de amor con Jesús, le es tan indispensable el completo desasimiento de todo lo terreno y aun de sí misma, que no es de admirar que el Espíritu Santo la impulse a ello con expreso mandato.

Se comprende que sea así, porque en tanto que conserva afición desordenada a alguna cosa creada o que esté asida a alguno de los bienes que posee, no es posible que haya llegado al grado de pureza exquisita que para dicha unión se requiere.

(1) Isai., XX, 2.

Si quiero, pues, obtener don tan precioso y deseable, es necesario, que lo dé todo por él; y quien dice todo, no exceptúa nada.

En este *saco o sayal* de que me he de despojar puedo ver el desasimiento de todos los bienes exteriores y además de lo que hay en mí de mí misma, de lo cual me he de despojar o desprender en absoluto: de mis juicios, voluntades, deseos, gustos... que constituyen este *traje o sayal* de mi naturaleza imperfecta o viciada; de estas tendencias o inclinaciones puramente humanas, en las cuales ando metida, como dentro de un saco, ocultando o encubriendo lo espiritual, celestial y divino, que pusiera Dios en mi alma. Y en este *calzado,* que el Espíritu Santo me manda quitar de los pies, puedo ver también esas mil aficioncillas o apegos a las criaturas, que me quitan la libertad interior del espíritu y del corazón sin la cual queda el alma detenida en el suelo de lo terreno, incapaz de elevarse y remontar su vuelo hacia Dios.

Lo que amas en la tierra, dice San Agustín, es liga de las alas espirituales, esto es, de las virtudes con las cuales se vuela a Dios. Quieres verte libre y desprendida ¿y amas la liga?

PUNTO 2.º Esta palabra *ve* que dice el Espíritu Santo al alma antes de mandarle que se despoje de su saco o sayal y que quite de sus pies el calzado, viene a significar o es como si le dijera: No te acerques a Jesús, no intentes ni pretendas unirte por amor con El, sin haberte desprendido de todo cuanto no sea El o según El; teniendo en cuenta, que la verdadera religiosa, es o debe ser un alma desasida de todo lo terreno y que viva en la más íntima unión con Dios. Así lo enseña San Francisco de Sales.

Ponte en marcha (1). Libre ya el alma de apegos y de aficiones terrenas, desprendida de sí misma y de todo lo propio, está en disposición de emprender el camino de la santidad, de entrar en las místicas sendas de la pureza y del puro amor, que son las que la conducirán hasta el *Cuarto o Gabinete del Rey* (2), o sea, la unión de esposa con

(1) Isai., XXI, 2.
(2) Cánt. I, 3.

Jesús, que no es otra cosa, que su divina intimidad.

¡Oh! ¡Cuán fácil le es al alma andar, y aun correr y volar por el camino de la santidad y del puro amor, cuando se ha desprendido y ha dicho *adiós* a todas las cosas de este mundo, para ser del todo y únicamente de Jesús! ¡Cuán ligera va y cuán contenta anda, la que todo lo ha dejado, pues nada lleva que le pese, ni que la embarace en su carrera de perfecta pureza, por haber eliminado, o arrojado de sí, en lo posible, cuanto era contrario a la conservación de su espiritualidad! Pero antes de llegar aquí, muchos tirones tendrá que dar, y muchísimos sacrificios que hacer; lo cual, lejos de desalentarla, la ha de animar a proseguir su empresa con grande aliento; porque si es verdad que son penosos los medios, es muy deseable y glorioso el fin; muy poco da el alma, aun dándolo todo, por lo que le prometen y por lo que recibe.

Día 22

Meditación. Sobre el especial amor a la propia vocación

PUNTO 1.º *La montaña de Dios es una montaña fértil, montaña riquísima, montaña fecunda. ¿Por qué dirigís vuestras miradas a otros montes fértiles?* (1).

La montaña de Dios. ¿Cuál es esta montaña de Dios, que me indica el Espíritu Santo? Para mí, puedo ver en ella, las elevadísimas cumbres de la santidad propia de mi santa vocación, verdadera montaña de Dios, fértil, riquísima y fecunda. ¡Oh, sí! ¡Qué pastos ofrece tan sabrosos y abundantes a mi alma, esta montaña! ¡Qué riquezas oculta en su seno: de gracia, de pureza, de paz, de intimidad divina, de dones y bienes

(1) Ps. LXVII, 15, 16.

celestiales de todo género! ¡Qué fecundidad la suya tan espléndida!

¿Cómo podría dirigir yo a otros montes mis miradas, esto es, a otros estados o maneras de servir a Dios? ¿Qué me podrían dar, que en mi santa vocación no lo halle? Nada, puesto que los preceptos de toda virtud y perfección están encerrados en ella... A más de que, por haberme llamado Jesús a esta santa vocación, la hace para mí, como ninguna otra, *la montaña de Dios;* la montaña a la cual he de procurar subir incesantemente, sin tener en cuenta el cansancio, ni la fatiga, ni el esfuerzo que consigo lleva dicha subida; la montaña, en fin, en cuya cima me espera Jesús. ¿Lo hago? ¿Subo? ¿No tengo más afán que subir por ella, empleando todas mis energías para lograrlo?

Mucho me interesa amar ardientemente mi propia vocación, el santo estado que Jesús eligió para que en él me santificara, no desviando mi mirada de él para mirar otros montes de distinta perfección, ya que no serían para mí *la montaña de Dios...* "Por muy perfecta que sea una cosa, si para vosotras

no lo es, dejadla estar", decía a sus hijas San Francisco de Sales; debiendo tomar este consejo todas las religiosas como dado a ellas, a fin de no apartarse nunca del espíritu de su vocación.

Y si tan perjudicial sería para mí, fijar mis ojos en dichos montes por santos que fuesen ¡cuánto más lo sería dirigir mis miradas a los montes de elevaciones humanas, a los cuales jamás he de intentar subir!

PUNTO 2.º *Yo los conduciré a mi santo Monte* (1).

¿A quiénes, dice el Espíritu Santo que conducirá a su santo Monte?

A aquellos a quienes ha marcado El con el sello de su amorosa predilección, a las almas que ha escogido por suyas, y entre ellas a mí.

No quiere que esas almas vivan arrastrándose por el suelo de lo puramente humano, ni que se queden estacionadas en las llanuras de una vida sólo natural; las quiere en las altas cumbres de la santidad, mediante el ejercicio de todas las virtudes perfectas; las quiere, en fin,

---

(1) Isai., LVI, 7.

en las sublimes alturas del más puro amor, siendo precisamente el amor, su propio y santo monte, la *gran montaña de Dios,* por ser Dios *caridad* (1) y el Espíritu Santo, el amor por esencia, y como el corazón de la Divinidad. Y no es solamente santo, el monte del amor divino, sino que santifica a los que suben a él. ¡A cuántas almas ha santificado y transformado el divino amor! ¡Cuántas se han transfigurado en este *Tabor divino,* convirtiéndose en ángeles y en verdaderos serafines terrestres, los que eran tan sólo almas sencillas y humildes!

Si dejando y pisando con pie firme todo lo de la tierra, subiera yo a este Monte, si en él fijara mi tienda y no pusiera obstáculo ninguno a las divinas operaciones que el Espíritu Santo realiza en las almas que se entregan a su divina acción, me pasaría lo mismo.

Con toda diligencia debo hacerlo, pues mi vocación me obliga a vivir siempre entregada a la perfección del amor divino, al cual estoy dedicada y exclu-

(1) S. Joan, IV, 8.

sivamente consagrada desde el día de mi profesión. Mi vida ha de ser, por lo tanto, una vida toda ella saturada de amor; debo vivir siempre de amor, en el amor, por el amor y para el amor. ¿Vivo? Lo podré deducir de si amo de veras el sacrificio, puesto que, como enseñan los Santos, no se vive en el amor y del amor sin el espíritu de sacrificio: éste es el que proporciona las astillas con que se alimenta la llama del divino amor.

Día 23

Meditación. Sobre la oración

PUNTO 1.º *En mi casa de oración los llenaré de alegría, y me serán agradables los holocaustos y víctimas que ofrecerán sobre mi altar* (1).

¿Cuál es la casa de oración, de que hace mención el Espíritu Santo? ¿Para mí es el Monasterio o el Convento? Sí, puede serlo y debe serlo; pero, lo es de un modo especial, *mi propio corazón,* que por una no interrumpida comunicación con Dios y por un amoroso y continuo trato con El, siendo ya su *templo* (2), viene a ser más que ninguna otra, su *Casa de oración.*

¡Oh! ¡Con qué alegrías tan puras, tan celestiales y divinas regala el Espíritu

(1) Isai., LVI, 7.
(2) 2 Cor., VI, 16.

Santo al alma pura en su casa de oración! ¡Qué goces tan inefables halla en su mismo corazón, al sentir en él la divina presencia! ¿Qué delicias de la tierra, qué contentos creados, qué felicidad, aun la más completa, puede compararse con la que ella tiene? ¡Ninguna! A tales delicias son únicamente superiores, las alegrías del cielo y los eternos goces de la gloria.

Debo tener en cuenta, sin embargo, que para que pueda disfrutar de esta alegría purísima, que el Espíritu Santo quiere comunicarme, he de ser alma interior, de trato íntimo con Dios; de manera que mi corazón sea un verdadero santuario de la Divinidad, en el cual el incienso de la oración, no cese nunca de elevarse ante su divina presencia.

Mi vocación me obliga, a que todas mis acciones sean otras tantas plegarias y oraciones; porque todas ellas han de ir perfumadas con el espíritu de oración. ¿Lo son? De mis obras, que constituyen los *vestidos* de mi alma, ¿puede decirse, que huelen a incienso, como los de la Esposa Santa? ¿Qué soy yo?

Mi corazón ¿es una casa de oración o una casa de disipación?

Punto 2.º *Y me serán agradables los holocaustos y víctimas que ofrecerán sobre su altar.*

¿Por qué, dice el Espíritu Santo, que le serán agradables los holocaustos y víctimas que un alma de oración le ofrecerá sobre su altar? Sin duda, será porque un alma de oración no puede menos de ser un alma amante; y siendo El por esencia el amor, tiene especial predilección a tales almas.

¡Cuántos holocaustos de amor, cuántas víctimas de amor, le es dado al alma ofrecer sobre el altar *del Amor* en la santa oración, sobre todo cuando la sequedad, la esterilidad, el desamparo interior, suspenden la deliciosa alegría, que en ella le deja gozar con frecuencia el Espíritu Santo; no teniendo otro fin en ello, que purificarla más y más y acrisolar más y más su amor, para elevarla a más sublimes alturas de unión divina, en la misma oración!

¡Cuántos holocaustos de amor, y cuántas víctimas de amor encuentra también el alma religiosa durante el día, que

lleva luego a *su casa de oración* y que acepta el divino Espíritu amorosamente, llenándole de alegría!

¿No he aprendido algo de esto por propia experiencia?

¡Cuántas cosas, cuántas inmolaciones y sacrificios llevados a la divina intimidad, no solamente pierden su amargura, sino que se convierten en verdaderas dulzuras; y en esas alegrías tan tranquilas y deliciosas que nos los hacen olvidar por completo, saliendo de ellos el alma vigorozada de tal suerte, que lejos de temerlos, aun se los hace desear!

Día 24

Meditación. Mi triple dignidad

PUNTO 1.º *Escuchadme vosotros, que sois prosapia divina, y brotad como rosales plantados junto a las corrientes de las aguas. Floreced como azucenas, despedid fragancia y echad graciosas ramas* (1).

Hija soy de Dios, virgen consagrada a El, esposa de Jesús; según esto soy de raza y prosapia divina. ¿Puede haber honor semejante a este honor? No puede haberlo; porque si el ser de estirpe real, eleva tanto sobre los demás, a los que lo son ¿qué será pertenecer a la familia de Dios y ser de estirpe divina?

Alma mía, conoce, pues, tu dignidad, y procura que tus costumbres, sentimien-

(1) Eccli., XXXIX, 17.

tos, ideas, maneras y lenguaje, concuerden siempre con tu sublime grandeza, de suerte que tú y todo lo tuyo, sea digno de Dios, a quien perteneces. ¿Lo es? ¿No hay ninguno de mis actos que desdiga de El? ¿No me rebajo con frecuencia a la condición de alma vulgar, debiendo ser y parecer siempre alma distinguidísima en materia de virtud y santidad?

Ahora bien, en este hermoso *rosal plantado junto a las corrientes de las aguas,* puedo ver una imagen de lo que han de ser los actos todos de mi vida; rosas de amor purísimo para Jesús y rosas de caridad perfecta para con el prójimo. ¿Lo son? ¡Oh! ¡Qué dicha la mía, si así fuera! No obstante, así ha de ser. Y junto a la *florescencia de estas rosas* del cielo, junto a este plantel de rosas divinas, por serlo de amor, *florecer* mi alma, como una hermosa *azucena* por mi virginal pureza y por mi celestial suavidad. Esta es la fragancia que al par que la del buen ejemplo, ha de exhalar siempre mi alma; y no solamente mi alma, sino todo mi ser. ¿Se percibe en mí, este olor de azuce-

na fragantísima, este aroma suavísimo, propio de tan delicada flor, por no esparcir más que pureza, inocencia, candor y virginidad todos mis actos?

Del justo, dice el mismo Espíritu Santo, que *florecerá como un lirio.* ¡Cuánto más ha de florecer como tal, el alma religiosa y producir graciosas ramas, o sea, admirables conjuntos de actos virtuosos, que cual delicadas flores han de aparecer en la vida de la que es esposa de Jesús, y por tanto en la mía!

PUNTO 2.º *Huerto cerrado y fuente sellada es mi amada, mi esposa* (1). Convertida ya el alma religiosa en un plantel de rosas y de azucenas, y por lo mismo en celestial pensil, que por proceder de la divina gracia se convierten sus flores ya en frutos, el Espíritu Santo complacido de ello, la elogia porque guarda para Jesús lo mismo las flores que sus frutos.

Como *huerto cerrado,* deben abundar en mi alma los actos de las virtudes, más todavía que los deseos de ellas; debe ser para Jesús, un lugar de re-

(1) Cánt. IV, 12.

creo y para su gloria, y de provecho para las almas. Ha de estar *cerrado* a todo cuanto no sea santo, a todo cuanto no sea El, practicando la virtud bajo su sola mirada y no teniendo más que a El en mira. ¿Qué soy yo para Jesús? ¿Soy un huerto o un erial?

¿Qué clase de frutos tengo? ¿Son todos ellos frutos hermosos y bien sazonados? Me lo dirán mis obras: Si son de sólida perfección y hechas por puro amor de Jesús, lo serán; pero si con negligencia las hiciere, las imperfecciones que las acompañarían harían de ellas frutos agraces, indignos de que yo se los ofreciera y de que El los aceptara.

Mas, como a los frutos preceden las flores ¿las hay también en mi huerto interior? ¿Hay rosas sin espinas, o más bien espinas sin rosas? ¿Hay azucenas fragantísimas, entre las cuales se pueda recrear Jesús? Mis pensamientos, afectos, intenciones y deseos siempre puros e inspirados por el amor, producirán dichas flores.

Fuente sellada. No basta que sea mi alma *huerto cerrado,* es necesario que

sea fuente sellada; pero no seca, ni de aguas turbias y cenagosas, sino cristalinas y muy puras.

Esta fuente, han de ser mis labios; por ellos brotan del corazón, como de su manantial, las ideas, los sentimientos, las apreciaciones, los afectos, que se derraman en mis palabras y conversaciones. Si son santas, las aguas que manan de dicha fuente serán cristalinas...; si son imperfectas, arrastrarán en su corriente barro, y podrían ser aun venenosas. Para que se conserven siempre buenas, es necesario que esta fuente esté sellada, con el sello de un santo silencio y con el de la discreción. Tan sólo así, lo que en ella se beba será virtud o santidad.

Día 25

Meditación. Morir para vivir

PUNTO 1.º *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor* (1). ¿Quiénes son estos muertos, que el Espíritu Santo llama bienaventurados, que es lo mismo que dichosos? ¿Quiénes son estos muertos que mueren? ¿Acaso muere el que ya ha muerto?

Materialmente, no; pero espiritualmente, sí.

Toda alma consagrada a Dios, murió al mundo, a todas las cosas terrenas y a sí misma desde el día de su santa profesión: sus votos religiosos le dieron tres golpes de muerte. En tanto, pues, que permanece fiel a ellos y al espíritu de su vocación, es una muerta, pero es una muerta que aun no descansa, que no ha dado todavía principio a su eter-

(1) Apoc., XIV, 13.

nidad, que no está con Dios ni en Dios definitivamente, que no goza de las delicias de la gloria, porque no está aún en el cielo; es una muerta que muere, y que, como el Apóstol, *muere cada día* (1).

En efecto, ¡a cuántas cosas muere, y ha de morir sin cesar la religiosa, si quiere ser del número de estos muertos bienaventurados que al terminar su destierro, mueren en el Señor! ¡A cuántas y a cuantísimas! ¡Cuán a menudo debe ser, como el muerto, ciega, sorda y muda; sin elección, ni propio movimiento en cosa alguna, dependiendo en todo de la obediencia, del impulso que le comunica la gracia y el divino amor! ¿Qué soy en la Santa Religión? ¿Me porto siempre, como se portaría un muerto, que en mi lugar estuviera, o como se portaría una de nuestras Hermanas difuntas? ¿No soy uno de estos muertos que con frecuencia resucitan y no para el cielo sino para volver al mundo, y hacer caso de las cosas terrenas?

(1) 1 Cor. XV, 31.

Que los muertos no vuelvan a vivir, dice también el Espíritu Santo (1). Es en esto, que he de poner especial atención y cuidado en no volver a tomar mi vida propia con sus inclinaciones, quereres y gustos; con mi carácter, con mi lenguaje, con mis afectos, deseos e ideas imperfectas y poco santos. ¿Es así como lo hago?

PUNTO 2.º *Tus muertos, Señor, tendrán nueva vida* (2).

El alma muerta para todo lo creado, para sí misma y para todo lo que no es Dios, vive de la vida de Dios.

De ahí que dijera Jesús a una de nuestras Hermanas: "Busca en la muerte el principio de tu vida." Esto es lo que debo hacer yo: morir para vivir, toda vez que la vida de la naturaleza siendo como es defectuosa, resulta incompatible con la vida divina, de suyo eminentísima en santidad y en perfección. De ahí, también, que a medida que la primera se extingue, la segunda se desarrolla.

(1) Isai., XXVI, 14.
(2) Isai., XXV, 19.

Si quiero ser por lo tanto uno de esos *muertos bienaventurados que crea el amor*, además del completo desasimiento de todo lo transitorio, debo tomar como línea de conducta estas palabras de Santa Margarita María: "Todo de Dios y nada mío; todo para Dios y nada para mí", en cuya práctica encontraré mi propia destrucción y por ende, mi muerte mística.

Ese *todo de Dios y nada mío*, anula por completo mi vida propia; porque si un pensamiento o un deseo o un afecto no es de Dios o según El, hay que hacerle morir, anonadándolo. Y ese *todo para Dios y nada para mí* excluye mi personalidad de todo, y haciendo que no tenga cuenta alguna conmigo, será como si no existiese, que es lo mismo que decir, como si ya hubiese muerto.

Es tan conforme al espíritu de mi vocación esta muerte mística, que dice San Francisco de Sales, que "debemos vivir como si tuviésemos el espíritu en el cielo y el cuerpo en la sepultura". ¿Es así como yo vivo? ¿Dónde tengo ordinariamente mi espíritu? ¿En el mundo o bien ocupado en mí misma y

en los demás, o en Dios y en el cielo? ¿Qué caso hago de mi cuerpo? El excesivo amor que le tengo ¿no me sirve alguna vez de obstáculo en el ejercicio de las virtudes, ni me detiene nunca en el camino de la perfección?

Día 26

Meditación. Aspiración constante a lo más perfecto de la santidad

PUNTO 1.º *Conforme a la santidad del que os llamó, sed también vosotros santos en todo vuestro proceder* (1).

¿Cuál es la santidad del que me llamó?

La santidad del que me llamó es infinita, porque quien me llamó a su santa Casa, quien me llamó a su divina unión fué Dios mismo.

Si he de obrar siempre conforme a su santidad, es necesario que yo, sea en todo, lo más santa que me sea posible: que mis pensamientos y sentimientos y palabras y acciones y todo lo mío o que de mí depende, sea lo más santo posible. Porque no me basta ser santa, he

(1) S. Petr., I, 15.

de procurar ser muy santa; pues de lo contrario mi santidad no tendría el grado que se requiere para asemejarse a la de Dios. Y como no es posible ser la mía conforme a la suya, por no tener límites la de Dios, debo llevarla a lo más que pueda yo llegar en el ejercicio de todas las virtudes, a lo más perfecto, y aun diría, heroico. ¿Es tal mi disposición?

Nosotros, decía Tobías a Sara, *somos hijos de santos, y no nos es lícito vivir, ni obrar a la manera de los gentiles que no conocen a Dios* (1).

También yo soy hija de santos, por serlo mis santos Fundadores, pero aún más que hija de santos, lo soy de Dios y he sido escogida para unirme con Aquél que es la santidad por esencia, con Aquél que es *el espejo sin mancilla de la santidad de Dios* (2), su Verbo divino, Jesús. Y si por ser hija de santos, no pueden ser a las del mundo parecidas mis costumbres, ¿cuánto más por ser esposa de Jesús deben asemejarse,

(1) Tob., VIII, 5.
(2) Sap., VII, 26.

no sólo a las de los ángeles, sino a las Suyas, tomando en mi manera de proceder, todas *las formas o maneras de Dios?* ¿Es así como procuro hacerlo? En mi modo de hablar, de pensar, de sentir, de juzgar, de obrar ¿a quién me parezco? ¿A los ángeles o a las personas del mundo? ¿Me asemejo en todo siempre a Jesús?

PUNTO 2.° *En todas las empresas ten presente a Dios y sea El quien dirija todos tus pasos* (1).

Después de recordarme el Espíritu Santo, la obligación que tengo de tender sin cesar a la mayor santidad posible, me indica un medio poderosísimo para llegar a ella cual es el de la divina presencia, obrando siempre bajo la mirada de Dios.

Grandes son los bienes que consigo lleva el tener a Dios presente en todas las acciones y en todos los acontecimientos que se van sucediendo en nuestra vida: la luz, la fuerza, el aliento y el consuelo, se desprenden de la divina presencia, de suerte que, con sólo estar

(1) Prov. III, 6.

el alma atenta a ella, participa de todos ellos.

¡Oh! si todo cuanto hago, o pienso, o resuelvo, o digo lo hiciera, pensara, resolviera y dijera en la presencia de Dios ¡qué santidad la mía! ¿Lo hago? ¿En presencia de quién suelo hacerlo? ¿En la de alguna criatura, que ocupa mi pensamiento o mi corazón, o en la del divino Espíritu? No debo olvidar, que mi vocación religiosa me obliga a procurar tener la presencia de Dios continua. Para que sea El quien dirija todos mis pasos, me es indispensable tenerla.

¡Dichosa el alma, cuyos pasos, que son sus actos, los dirige siempre Dios! ¿Cuándo se apartará del camino de la santidad esta alma? En tanto que de Dios no aparte sus ojos, nunca. Porque la mayor parte de nuestras faltas, provienen de no tener presente a Dios, de olvidar que nos está mirando siempre. A buen seguro, que si esto recordase yo constantemente, no habría en mi vida acto alguno que no fuese virtuoso; más todavía, que no fuese perfecto.

Día 27

Meditación. Medio eficaz para alcanzar la divina unión

PUNTO 1.º *Los fieles a su amor estarán unidos con El* (1).

Con estas palabras me revela el Espíritu Santo, una clase de fidelidad muy superior a la que resulta del cumplimiento de los preceptos divinos; aquella que es fruto, no tanto del deber cuanto del amor.

En efecto, muchas cosas manda y prohibe el amor, que ni están mandadas, ni prohibidas; bien lo sé por propia experiencia.

¡Oh! ¡Qué fidelidad ésta tan preciosa y excelente! Tal exquisitez de fidelidad, no es propia de esclavas, ni siquiera de hijas sino de esposas. Muy claramente lo muestra la recompensa

(1) Sap., III, 3.

que a ella se le sigue. ¿Cuál es esta recompensa? Es la unión: *estarán*, dice el Espíritu Santo, *unidos con El.* ¿Con quién? Con Jesús, y unidos con lazos inquebrantables, cuales son los que provienen de la unión nupcial, encerrada en estas palabras: *Te desposaré conmigo para siempre* (1).

Si quiero vivir siempre unida con Jesús, como esposa y esposa muy querida, es necesario que sea siempre fiel a su amor; de manera que todo lo haga y nada le niegue de cuanto El puede no solamente pedirme, sino desear de mí. ¿Es tal mi fidelidad? El no sentirme constantemente unida con Jesús ¿no es por ventura por no tener dicha fidelidad?

¡Dichosa el alma que no reconoce *otra ley* que la del amor divino, y más dichosa aún la que se guía siempre por esta ley en todos los actos y circunstancias de su vida! Pues, si el hacer todas las obras por puro amor de Dios, las convierte en divinas, según San Agustín ¿qué será transformar en dicho amor toda su vida? ¿Acaso no será di-

(1) Oseas, II, 20.

vinizarla? Claro que sí, no habiendo disposición más a propósito, ni más perfecta que ésta para la divina unión.

De ahí que he de procurar que sea ésta sin cesar la mía. ¿Lo es? ¿Soy siempre fiel al amor? ¿No le niego nunca nada? ¿No hago jamás lo que me prohibe y hago siempre lo que me pide? Me lo dirá mi correspondencia a las divinas inspiraciones.

PUNTO 2.° *La perfecta pureza une con Dios* (1).

De dicha fidelidad al Amor, necesariamente ha de resultar una pureza exquisita, la cual viene a ser, el lazo más poderoso y propio para unir el alma con Jesús y Jesús con el alma.

Por más que busque otros medios, no los hallará; puesto que ninguno de ellos será nunca tan eficaz como éste; porque nada le atrae tanto a Jesús como esta celestial virtud, nada como ella cautiva tanto su corazón sacratísimo.

Pero ¡oh Dios mío! ¿en qué consistirá esta perfecta pureza? ¿Quién me la descubrirá y dará a conocer?

(1) Sap. VI, 20.

No basta para tenerla, la pureza de conciencia y la pureza del cuerpo; éstas son sólo una parte de ella; porque para tener la pureza en toda su perfección, es preciso juntar a la pureza de la conciencia y del cuerpo, la del espíritu, la del corazón y la del alma; y en ellas, la integridad en las operaciones de las potencias y de los sentidos, de suerte que nada haya que sombree siquiera su virginal o perfecta entereza.

El alma que esto lograre, se convertirá en un plantel de hermosas y blancas azucenas, entre las cuales Jesús hallará sus delicias, pues cual lirios serán sus pensamientos, sus afectos y deseos; cual lirios las miradas de sus ojos, las palabras de su boca, los movimientos y ademanes todos de su persona. ¿Lo son los míos?

¡Dichosa el alma que posee esta perfecta pureza, porque sin duda alguna vivirá amorosa e íntimamente unida con Jesús! ¿Por qué no he de ser yo esta alma?

Día 28

Meditación. Cuánto atrae a Jesús la amabilidad en el trato

PUNTO 1.° *Quien ama la candidez de corazón gozará de la amistad del Rey, por causa de su hablar dulce y agradable* (1).

La candidez de corazón es más todavía que la pureza de corazón; va más lejos.

La pureza de corazón supone en él la ausencia del mal; la candidez, supone que no lo ve ni sospecha en los demás. ¡Oh! ¡Cuán deseable es esa candidez de corazón! ¿La tengo yo? Me lo dirá mi manera de ver e interpretar las cosas, las acciones de los demás, etc. El alma que tiene esta candidez o inocencia de corazón, suele echar todas las

(1) Prov. XXII, 11.

cosas a *buena parte,* cumpliéndose en ella el adagio de que "quien mal no hace mal no piensa".

La que no posee tan hermosa cualidad, no tiene, como ella, esta *mirada de paloma,* exenta de malicia, antes con frecuencia, la halla o por lo menos la supone, aun en las cosas, acciones y palabras más sencillas e inocentes.

Pero, con todo y ser la candidez de corazón tan rica joya, no basta *para gozar de la amistad del Rey,* es necesario unir a esta virtud, la suavidad y amabilidad en el trato, que suelen acompañarla siempre. Porque, si es propio de la azucena la suavidad en su perfume, lo es asimismo del alma, que a ella se asemeja por su inocencia y su candor, ser siempre dulce y amable, sobre todo, cuando su candor e inocencia son, no fruto de la edad, sino de la gracia divina.

Ahora bien: ¿de qué rey gozará la amistad, esta alma? Del rey de los ángeles, que es Jesús. Y si obtener la amistad de un monarca de la tierra se tiene por insigne honor ¿qué será gozar de la amistad del rey del cielo? Siendo esta

dicha la recompensa de un lenguaje dulce y agradable ¡cuánto me interesa que el mío sea siempre tal! ¿Lo es?

PUNTO 2.º *Son un panal de miel las palabras elegantes, dulzura del alma y vigor de los huesos* (1). Y en otra parte, dice también el Espíritu Santo, *que una palabra dulce, es mejor que una dádiva;* mostrándonos en esto, cuánto bien podemos hacer a los demás con nuestras palabras, y cuánto mal en nuestras mutuas relaciones, cuando no son tales; teniendo en cuenta, que la mejor elegancia que tienen nuestras palabras, se halla en su santidad y en ser pronunciadas por movimiento divino, esto es, dichas por el espíritu de Dios, por un alma *llena de Dios.*

¡Ah! ¡Qué transformaciones tan sorprendentes, qué consuelos tan íntimos, qué alientos tan poderosos produce una sola de estas palabras! Mejor es que una *dádiva,* o sea, que un regalo, cada una de ellas.

Más preciosos y eficaces efectos, que un gran discurso, producen a las veces,

(1) Prov. XVI, 24.

estas palabras; verdaderos *regalos divinos* son todas ellas. Las que una religiosa pronuncia, deben ser siempre de esta clase, y tanto más está obligada a ello, cuanto que sus labios *están consagrados,* por su profesión, siendo completamente indignas de tales labios las palabras no *santas* inspiradas por el amor propio, la impaciencia, el mal humor y por lo mismo que no revelan un alma animada de su espíritu y llena de El.

¿De qué clase son las mías, y qué revelan?

Día 29

Meditación. No emplear el tiempo en inutilidades

PUNTO 1.º *El que anda observando el viento, no siembra nunca; y el que atiende a que hay nubes, jamás se pondrá a segar* (1).

En estas palabras nos enseña el Espíritu Santo, que el que de veras desea y pretende alcanzar la perfección, no ha de admitir en su vida cosas inútiles; porque la perfección es un trabajo tan continuo y de tanta importancia, que reclama todas las atenciones del alma que se da a ella, pues aun así ha de costarle alcanzarla.

Estáse *observando el viento,* la religiosa que olvida su deber, para ir mirando lo que dice una y lo que hace otra de sus Hermanas en Religión; la que se ocupa o preocupa de lo que pasa

(1) Ecclis., XI, 4.

o sucede fuera o dentro del Monasterio; la que aparta su mirada de lo que es eterno para fijarla en lo que siendo tan sólo transitorio, es muy semejante al viento que va y viene, más o menos, incesantemente.

La religiosa que esto hace, *no siembra,* porque perdiendo el tiempo en estas inutilidades no deposita las semillas de los actos virtuosos en el campo de su vida, y así se queda sin obtener las hermosas y buenas cosechas de las virtudes perfectas, que produce la santidad, cuando a ella se dedica el alma exclusivamente sin distraerse en otras cosas, no conducentes a su logro. Yo ¿qué hago? ¿Ando *observando el viento* o con grande empeño me dedico *a sembrar* todo el día, que es lo mismo que decir: dejo todo lo que no es de mi deber, llevada del único deseo de santificarme? De lamentar sería, que esto no hiciese después de los grandes sacrificios que para alcanzar la santidad ya he hecho.

PUNTO 2.º *Y el que atiende a que hay nubes, jamás se pondrá a segar* (1).

(1) Ecclis., XI, 4.

El alma que pretende encontrar todas las cosas espirituales al sabor de su paladar, como suele decirse, la que no quiere vencer o dominar los obstáculos que se le ofrecen hasta llegar al fin de su pretensión o de sus deseos, no encontrará nunca el momento oportuno para ponerse a trabajar, y así se quedará mano sobre mano, sin hacer cosa de provecho tocante a su perfección o santidad; la que se fija en si está *su cielo nublado o sereno,* que es lo mismo que decir, si ella está triste o alegre, si en sequedad o en consuelo, y no se olvida de sí, prescindiendo de sus gustos, de sus satisfacciones, etc., etc., nada hará tampoco; siempre estará esperando que vengan *días mejores* para ponerse a *segar,* esto es, a coger y recoger las ocasiones de aprovechar que se le ofrecen en materia de virtud.

Tales almas, son religiosas flojas, apáticas, descuidadas, a cuyo grupo no he de pertenecer yo. ¿Qué hago, pues, en la Santa Religión? ¿Sé aprovechar el momento presente para santificarme más y más, sin que me arredren las dificultades que pueda hallar en él o en el

porvenir? ¿Siego ya? Esto es, ¿recojo el fruto de mis espirituales trabajos en disposiciones perfectas y estado de santidad? ¿Qué siego? ¿Paja o grano? Lo que habré sembrado, esto segaré. No debo olvidarlo nunca, si no quiero encontrarme, en la hora de la eterna siega, sin tener nada que recoger.

Día 30

Meditación. Sobre la sencillez y la imitación de Jesús

PUNTO 1.º *No te vestirás ropa entretejida de lana y lino* (1). El Espíritu Santo no quiere que en los vestidos de la esposa de Jesús, que son sus acciones, haya mezclas adulterinas, de naturaleza y de gracia, de verdad y de ilusión, como sucedería, si admitiese en ellas lo imperfecto con lo perfecto, lo terreno con lo celestial, lo humano con lo divino.

En la lana, puedo ver lo grosero, lo vulgar, lo ordinario tocante a la virtud; y en el lino, lo fino, lo más fino y delicado de ella. Lo primero, no es conveniente que la esposa se vista de ello, esto es, que lo practique; porque,

(1) Deut., XXII, 11.

como en el Apocalipsis consta: que *debe ser su vestidura*, que debe vestirse *de lino finísimo, blanco y brillante* (1), y por ende, todo ha de ser purísimo en sus actos, viniendo obligada a imitar las virtudes de los santos.

Puedo ver también en la lana, las costumbres o inclinaciones propias de *la mujer*, o sea, del alma que no es sobrenatural, y en el lino las costumbres celestiales que deben distinguir siempre a las vírgenes del Señor, las cuales, aun en la tierra, deben vivir *como ángeles de Dios* (2).

¿Es así como vivo yo? ¿De qué ando vestida? ¿De lino, de lana, o de ciertas mezclillas que resultan de mi manera de obrar, semi-seglar, semi-religiosa? Y esto que mi vida, no puede ser una vida mixta, porque, como nota San Francisco de Sales, la vida de la religiosa debe ser *enteramente espiritual*. ¿Lo es la mía? ¿No hay en ella muchos actos que no lo son?

El alma que tiene la dicha de ser esposa de Jesús, debe rechazar todo pen-

(1) Apoc., XIX, 8.
(2) Math., XXII, 29.

samiento, todo sentimiento, toda palabra, deseo o intención *indignos de Dios;* teniendo presente, que sólo lo que es muy santo, es digno de El.

PUNTO 2.º *Ponme como sello sobre tu corazón y como sello sobre tu brazo* (1).

Siguiendo este consejo del Espíritu Santo hallaré el medio de conformar mi conducta con lo que antecede, porque sabido es, que un sello graba e imprime la figura que tiene donde se aplica.

Si yo pongo a Jesús, como sello sobre mi corazón, le reproduciré en todas mis disposiciones interiores; y en su consecuencia, todos mis sentimientos, alegrías, tristezas, aspiraciones, esperanzas, temores y afectos no solamente serán dignos de Dios, sino semejantes a los suyos, por serlo, a los de Jesús.

Un sello, además, viene a ser como un candado que cierra la cosa de que se trata, de manera que no todo el mundo puede abrirlo, sino únicamente aquél a quien va dirigida o pertenece.

(1) Cánt. VIII, 6.

Pues bien, el poner a Jesús como *sello sobre mi corazón,* será cerrarlo para todo cuanto no sea El, reservándole todas mis complacencias, amores y predilecciones a fin de que sea El su único dueño.

Pero no ha de bastarme poner a Jesús como sello sobre mi corazón, calcando en cierta manera, mis disposiciones interiores, sobre las suyas, sino que es necesario que lo ponga también *sobre mi brazo,* es decir, imitando sus virtudes y haciendo que aparezcan en todo lo que hago.

Día 31

Meditación. Sobre la perfección

PUNTO 1.º *Has de ser perfecta y sin mácula para con el Señor Dios tuyo* (1).

Para ser perfecta, he de hacer todas las cosas con perfección: orar con perfección, trabajar con perfección, padecer con perfección, y así de todo lo demás. Porque, si sólo hago algunos de mis actos con perfección y otros no, dejaré de ser perfecta, puesto que de todas estas partes, ha de resultar el todo de una vida perfecta, cual ha de ser la mía. ¿Lo es?

Debo también tener presente, que mi santidad, depende precisamente de hacer con perfección todas mis obras. Sí, el precioso ropaje de la santidad, que es y ha de ser en el cielo mi *vestidura*

(1) Deut., XVIII, 13.

nupcial, debo tejerlo poquito a poco y día tras día, mediante dicha perfección.

Con ella, seré sin mácula, porque si todo lo mío es perfecto no habrá en ello ninguna mancha, pues son las faltas y las imperfecciones las que alteran en el alma la pureza.

Pero he de ser *perfecta y sin mácula para con el Señor,* es decir, que he de aparecer tal a sus divinos ojos; no basta que exteriormente lo parezca.

Para ser perfecta para con El, he de cumplir perfectamente todo cuanto le he prometido, y luego después, procurar que nada le quede que desear en mí, por hacer todo y siempre lo que de mí desea.

Para ser a sus ojos sin mácula, es necesario que me encuentre siempre pura e irreprensible en todo cuanto haga, diga o piense. ¡Oh! ¡Cuán feliz seré si por mi fidelidad constante, nada tiene que decir de mí Jesús; antes bien, ve que está sin mancilla de ninguna clase todo lo mío! A esta dicha he de aspirar, haciendo todo lo posible para lograrlo.

PUNTO 2.º *Yo te daré a ti los teso-*

ros escondidos y las riquezas recónditas; para que sepas que yo soy el Señor (1).

Se complace tanto el Espíritu Santo en un alma pura, que la llena de sus más preciosas gracias y dones. ¡Oh! ¡Qué tesoros tan ocultos a las miradas humanas le da y le concede: de luz divina, de paz inefable, de amor indecible, de gozo purísimo! ¿Quién sabe esto sino las almas puras, las almas que el Espíritu Santo halla sin mácula y las que encuentra perfectas cuando las visita? ¿Quién sino ellas posee las divinas riquezas de gracia, de pureza, de divina unión, con las incomparables delicias que consigo llevan y el mundo desconoce por completo?

Todo lo que, tocante a estos tesoros y a estas riquezas, se pudiera decir, palidece ante su realidad, porque lo más precioso, lo más rico, que encierran, quedará siempre en el *secreto de Dios,* por gustarlo el alma sin que lo pueda expresar; tan íntimo, tan delicado y amoroso es.

(1) Isai., XLV, 3.

Día 32

Meditación. Llamamiento a la divina unión

PUNTO 1.º *Vente conmigo para que descanses y vivas felizmente en mi compañía* (1).

En el alma religiosa se realizan estas palabras del Espíritu Santo. Dicha amorosísima invitación la he recibido yo misma y la recibo, siempre que Jesús me llama a su divina e íntima unión, que es con tanta frecuencia.

Vente conmigo, me dijo Jesús, cuando me hallaba todavía entre los afanes de la vida del mundo. Vente conmigo *para que descanses.*

¡Ah! Es que comprendía muy bien, cuán fatigado anda el pobre corazón humano, en tanto que con El no se ha-

(1) 2 Lib. Reg., XIX, 33.

lla; ora sea por su infidelidad, ora por la disipación, ora por otro motivo cualquiera, que de su lado le aleje. ¡Cuánta necesidad siente entonces de descanso! Y ¿dónde encontrará este descanso, que tanta falta le hace, sino en Jesús?

¡Cuán a menudo, me dice a mí, aun ahora mismo, que tengo la dicha de estar en su Santa Casa, cuando me ve triste o cansada o herida por algún desencanto o proceder poco delicado de alguno de mis prójimos! ¡Cuántas veces me dice Jesús: *Vente conmigo,* que conmigo y a mi lado se te desvanecerá todo esto! Vente conmigo *para que descanses,* de tus luchas, de tus penas, de tus angustias o vencimientos. ¡Oh! ¡Qué descanso tan dulce halla el alma cerca de Jesús! ¡Qué tranquilidad tan deliciosa! ¡Qué distinto es ir a descansar al lado de Jesús, de ir a descansar cerca de las criaturas, por muy buenas y santas que sean! Pero, el descanso que me ofrece Jesús, no es un descanso pasajero, sino estable y permanente; pues añade: *para que vivas felizmente en mi compañía.* Esta es la herencia del alma que ha escogido El por esposa;

¡ésta ha de ser la mía! No puede ser más que muy feliz, la vida que en compañía de Jesús se pasa. No hay felicidad en la tierra que con esta felicidad pueda compararse. ¿Acaso no sé esto por propia experiencia?

Ahora bien, para no perderla, he de procurar, no separarme nunca de su dulce compañía, yendo siempre con El a todas partes y haciendo con El todas las cosas.

PUNTO 2.º Llena de felicidad el alma que esto ha logrado exclama: *Me he sentado a la sombra de Aquél que he deseado, y su fruto es dulce a mi paladar* (1). No es en pie que se pone a la sombra de Jesús la verdadera esposa, sino *sentada;* he aquí el reposo de todo su ser en El.

Pero ¿cuál es este fruto para ella tan dulce? Es la unión íntima y amorosa con Jesús; fruto dulcísimo más aún que a su paladar a su corazón. ¿Gusto yo de tan delicioso fruto? Si no gusto de él, señal cierta es de que *no me he sentado a la sombra de Aquél que he de-*

(1) Cánt. II, 3.

seado, de Jesús; señal de que voy y vengo de su unión a la disipación; y que, por lo mismo, no vivo en su compañía de asiento.

A menudo acontece a algunas almas, que después de haber deseado mucho la divina unión, no gustan de tan delicioso fruto.

La causa de ello es: porque no lo *sacrifican todo* para obtenerla, y así andan de acá por allá distraídas, disipadas, como navíos sin brújula, alimentándose con frecuencia con los frutos de otros árboles, que por no ser divinos no pueden saciarlas, y aunque se sientan a su sombra, tampoco hallan allí su descanso.

La divina unión reclama un alma muy pura y muy recogida. Es un bien tan grande gozar de ella, que aun cuando diere el alma todo cuanto tuviese, lo más amado, lo que más la atrae, lo que más desea, y aun su propia substancia, lo reputará por nada, después que haya gustado las inefables delicias que lleva consigo. Siendo como es éste el fin de mi santa vocación, debo procurar alcanzarla a todo trance: "Que

todo se pierda, he de decir, en las ocasiones en que ella peligre: mi salud, mi voluntad, mis gustos; que todo se pierda con tal que yo logre la unión con Jesús. Mi disposición interior ha de ser siempre ésta.

Día 33

Meditación. Necesidad de dar valor sobrenatural a nuestras obras

PUNTO 1.º *Habéis sembrado mucho y recogido poco; habéis comido y no os habéis saciado; habéis bebido y no os habéis refocilado; os habéis cargado de ropa y no os habéis calentado; y aquél que ganaba salarios los ha ido poniendo en saco roto* (1).

¿A quién dice esto el Espíritu Santo? A las almas que obran maquinalmente, por rutina y sin espíritu interior, de suerte que no dan a sus actos valor sobrenatural, sino que lo hacen todo porque sí y no más.

Tales almas siembran mucho y recogen poco, es decir, hacen muchas obras que parecen buenas, y en parte lo son;

(1) Aggeo, I, 6.

pero, por estar hechas la mayor parte de ellas sin espíritu interior, resultan como cuerpos sin alma; son muchas en número pero pocas en mérito.

Comen y beben mucho también estas almas, pues hacen muchos ejercicios espirituales, muchas lecturas piadosas, pero como las hacen precipitadamente, y sin que el espíritu interior las acompañe, no es posible que las llenen ni satisfagan.

Se *cargan,* además, de ropa, o sea, de muchas prácticas de virtud, de mortificación, de penitencia, de obras de celo: mas, como no las vivifica el espíritu interior, las dejan frías las más veces.

En cuanto al que *gana salarios y los va poniendo en saco roto,* puedo ver al alma, que busca en lo que hace la aprobación, la alabanza de las criaturas y su agradecimiento, perdiendo así casi todo el mérito de sus buenas obras: por un salario humano sacrifica una recompensa eterna.

¿A qué clase de esas almas pertenezco? Porque no es raro encontrar alguna de ellas aun en la Religión. ¡Oh! ¡Cuántas son quizás *acuñadoras de mo-*

neda falsa, pareciendo sus obras de gran valor a los ojos de los demás y teniendo a los de Dios muy poco, por faltarles lo mejor, esto es, el espíritu interior, que es el que las hace meritorias.

PUNTO 2.º *Quien me hallare, hallará la vida* (1).

¡Cuán cierto es, que en el Espíritu Santo se halla la vida, la vida verdadera, la vida vital, la vida que no muere! ¿Cuál es esta vida? Es la vida del alma, la vida de la gracia, fundada en la fe y embellecida por el amor divino; es la vida divina, la misma vida de Dios, puesto que de esa vida es El abundantísimo manantial.

La vida que se aparte de esa vida, más bien que vida es sólo apariencia de ella; porque es una vida que un día ha de acabar. Será la de la razón, la de los sentidos, la de la naturaleza, la del cuerpo o la del yo; y a decir verdad, no es ninguna de éstas la que yo he de vivir, sino la que el Espíritu Santo posee y me quiere comunicar; la que por me-

(1) Prov. VIII, 35.

dio del Santo Bautismo me comunicó ya y la que forma la esencia de la vida religiosa. ¿La vivo? ¿Cuál es de estas vidas la *más robusta* en mí? ¿Puedo decir, que la vida que vivo de momento en momento la recibo del Espíritu Santo? Si me guío en todo por la gracia o por el divino amor, sí; de lo contrario, no.

En el primer caso, vivo muriendo; y en el segundo, muero viviendo. De ahí la necesidad de que todo lo mortal que hay en mí sea absorbido por la vida de Dios, hasta tanto que lo humano se convierta en divino, siendo esto lo sumo de la santidad, como enseña San Pablo. Mas ¡ah! que acaso en mí, lo humano absorbe lo divino.

Día 34

Meditación. Cómo conservar la pureza del alma

PUNTO 1.º *Guarda tu alma con mucha vigilancia* (1).

Nada hay tan precioso para mí, como el alma; es una joya de precio inestimable que Dios me regaló; porque, fué su pura bondad, su puro amor quien me hizo de ella entrega; un don sobre todo don, un bien que encierra todo bien, un gran tesoro, mi único y verdadero tesoro, pues si la pierdo, lo pierdo todo.

Siendo así ¡con qué cuidado, con qué interés y con qué amor debo guardarla! ¡Con qué solicitud vigilar, a fin de que criatura alguna me la robe o la perjudique. Para ello debo vigilar interior y exteriormente, de día y de noche; debo

(1) Deut., IV, 9.

vigilar todos sus movimientos, aficiones, sentimientos, pensamientos; y para mejor hacerlo, llevarla siempre en mis manos, como San Dionisio llevaba su cabeza, según expresión de San Francisco de Sales.

Así lo hacía el profeta David: *Tengo siempre mi alma en la mano* (1), decía. Comprendía los muchos peligros que la rodean, los muchos enemigos que tenía, y por esto no la fiaba a nadie ni la soltaba jamás.

Lo mismo he de hacer yo, si quiero conservarla siempre pura, siempre hermosa, siempre joven, que es lo mismo que decir, inocente, candorosa y virginal; y esto no lo lograré sin una continua vigilancia. Si de esta continua atención me distrajere, a no tardar mucho quizás la vería desaparecer de mis manos y naufragar miserablemente entre los escollos que se hallan en el mar tempestuoso de este mundo, o por lo menos vería que ha perdido algo de su primitiva belleza.

No quiera Dios que me suceda a mí

(1) Ps. CXVIII, 109.

tamaña desgracia, y para que no me suceda, tampoco yo he de fiar mi alma a nadie, ya que soy yo quien ha de responder de ella, y la que de nuevo la he de entregar a Dios. ¿En qué estado se la entregaría hoy si El me la pidiese? ¿Se le entregaría de suerte que pudiese tomar en ella sus complacencias?

PUNTO 2.º *El que guarda su boca guarda su alma* (1).

En esta palabra, me indica el Espíritu Santo, uno de los medios más eficaces que tengo para guardar, para conservar toda la hermosura de mi alma; su pureza, su candor, su inocencia y su virginidad, y es la *circunspección en el hablar,* toda vez, que como el mismo divino Espíritu me asegura: *En el mucho hablar no faltará pecado* (2).

Si quiero, pues, evitar muchas faltas y practicar muchas virtudes, he de amar mucho el silencio y evitar toda conversación inútil, ya que de toda palabra *ociosa* tendré un día que dar cuenta a Dios.

(1) Prov. XIII, 3.
(2) Prov. X, 19.

¡Oh! ¡Cuántas de esas palabras ha habido y hay, tal vez todavía, en mi vida! ¡En cuántas ocasiones ha sufrido quizás menoscabo la pureza de mi alma, por no haber sabido conservar *inmaculados* mis labios! No he de ser ya así en adelante, antes bien por la discreción de mis palabras y la santidad de mi lenguaje, sean mis labios, como *lirios rosados* (1), *que destilan miel* (2), *y sea el fruto de ellos, la paz; paz para el que está lejos y para el que está cerca* (3). ¡Qué dicha si así fuera! Así ha de ser, no obstante, obligándome mi santa vocación a una conversación del todo inocente y pura, según dice Santa Chantal. ¿Es siempre tal la mía?

(1) Cánt. V, 13.
(2) Cánt. IV, 11.
(3) Isai., LVII, 19.

Día 35

Meditación. Cuánto me ha amado Dios

PUNTO 1.º *Te he amado con amor eterno* (1).

Eternamente he sido objeto del amor de Dios, eternamente he ocupado su mente y su corazón.

Antes que le conociera, antes que le amara, antes que pudiera hacer algo por El, ya Dios me amaba. Y ¿cómo me amaba? Con gran ternura; me lo dice El mismo: *Del modo que una madre ama al hijo único que tiene, así te amaba Yo* (2).

No hay amor, no hay solicitud, no hay interés, que pueda compararse con el amor, solicitud e interés de una madre para con sus hijos; pero cuando no

(1) Jerem., XXXI, 3.
(2) 2.º Lib. Reg., I, 26.

tiene más que *uno solo*, sube de punto este amor y acrecienta sus quilates.

De esta manera, me ha amado a mí, Dios; más todavía, porque en la madre el amor, por intenso que sea, tiene sus límites, pero en Dios no, por ser el suyo eterno e infinito. ¡Oh! ¡Qué confianza, qué consuelo y qué descanso de todo en El debe inspirarme este amor infinito y eterno de mi Dios! ¡A qué correspondencia me obliga! ¡A qué fidelidad tan sostenida! ¿La ha hallado siempre y ahora la halla en mí? Y si tanta felicidad encuentra un hijo en el cariño de su madre ¿qué será tener como tengo un lugar de preferencia en el Corazón de Dios? ¿Qué dicha puede compararse con esta dicha? ¡Cuán fácil ha de ser, pues, renunciar a todo amor humano, tan inconstante, a menudo, para mejor gozar del amor divino y eterno de Dios!

Sí, para mejor gozar de él; pues siendo como es, *un Dios celoso* (1), quiere poseer todo el corazón del alma que El ha amado y ama con tal intensidad de

(1) Deut., IV, 24.

amor, retirándose de ella, si en ella halla algún rival. ¿Lo encuentra en mí? ¿Le amo con toda la integridad de mi amor?

PUNTO 2.º *Yo mismo os llevaré en brazos hasta la vejez, hasta que encanezcáis: yo os hice, y yo os llevaré, yo os sostendré siempre y os salvaré* (1).

Como veo, por lo que el Espíritu Santo me dice, el amor que me ha tenido y tiene Dios, no sólo ha sido eterno e infinito, sino tan fiel, que cuando pierda todos los atractivos que a mis semejantes puedan inspirar simpatía o amor hacia mí, como acontece en la decrepitud o en la ancianidad, no padecerá mengua su ternura para conmigo. ¿Quién esto creyera, si El mismo no me lo asegurase? ¡Ah! ¡Cómo se dilata el corazón ante tan amorosas promesas! ¡Cuánto me importa merecer que tengan en mí su cumplimiento! ¿Cómo me haré digna de ellas? Me haré digna de ellas si, sean cuales fueren mis años, persevero en llevar una *vida inmaculada.*

(1) Isai., XLVI, 4.

Pues, así como dice el Espíritu Santo, *que es edad anciana la vida inmaculada* (1), puédese también decir, que es juventud perenne, para el alma que tiene la dicha de llevarla. ¿La llevo yo? ¿Qué he de hacer o qué omitir para que sea tal la mía?

(1) Sap., IV, 9.

Día 36

Meditación. Vivir siempre en la región de lo sobrenatural

PUNTO 1.° *Los que andan por las sendas de la justicia tendrán su morada en las alturas y verán de lejos la tierra* (1).

¿Quiénes son los que de un modo especial andan por las sendas de la justicia, que son propiamente las de la santidad, sino las almas consagradas a Dios, en cuyo número tengo la felicidad de hallarme yo?

Tales almas deben tener su morada no en la tierra ni en el mundo sino más bien en las alturas de lo sobrenatural, en las alturas de lo celestial y de lo divino. Su vida debe ser semejante a la de las golondrinas que pasan la mayor

(1) Isai., XXXIII, 15, 16.

parte de ella en lo alto, y sólo bajan a reposar cuando necesitan de algún descanso.

Esto es lo que a mi vez he de hacer yo, volando a impulso del divino *amor* por las regiones de la gracia, de la pureza, de la santidad y de la unión divina.

Las alas que para ello necesito son el desasimiento de todo lo terreno y el recogimiento interior. El primero me alejará de la tierra, el segundo me acercará del cielo, siendo la fuerza motriz de esas alas *el fervor de la caridad* tan encarecidamente recomendado a las almas consagradas a Dios por el Fundador de la Visitación. ¿Lo tengo? ¿Sé siempre mantenerme espiritualmente elevada sobre todo lo que no es Dios, no mirando más que de lejos la tierra? ¿No consiste mi vida en un continuo subir y bajar?

¡Cuán poco adelantaría en la perfección si esto hiciera! Mi morada ordinaria la he de tener en las alturas de lo divino, no descendiendo de ellas más que cuando el deber me ponga en relación o contacto con las criaturas, vol-

viendo a emprender mi vuelo hacia lo alto inmediatamente lo haya cumplido. ¿Es así como lo hago? ¿Miro la tierra de lejos o de cerca? Si mirara la tierra de lejos, ¡cuán poco caso haría de lo que en ella acontece: de lo que se dice, de lo que se piensa, de lo que se hace o de lo que se omite en ella! Lo que se ve de lejos apenas se distingue. Pues bien, si alguna de estas cosas me preocupa o la siento o la quiero saber, es porque no miro la tierra de lejos sino de cerca y de muy cerca, pues si de lejos la mirase, ninguno de sus acontecimientos o de sus rumores llegarían hasta mí.

PUNTO 2.° El alma que se decide no sólo a subir a las alturas de lo celestial y lo divino sino a establecer allí su ordinaria morada mediante la sobrenatural elevación, nos da cuenta de lo que le movió a ello cuando dice: *Fué inflamado mi corazón* (1). Es como si dijera: Fué tan intenso el ardor que experimentó mi corazón, tales los incendios, que le causó el fuego del amor sagrado, que le hizo perder el sentido

(1) Ps. LXXII, 21.

humano de todas las cosas terrenas, hasta el punto de olvidarlas por completo, y por esto dice: *Fué inflamado mi corazón, y quedé aniquilada sin saber por qué.* Porque desde aquel feliz momento, se enajenó de sí misma de tal suerte, que se consideró y se tuvo como si ya no existiera o no hubiera existido nunca.

Estos son los efectos que obra en el alma el divino amor, cuando prenden en ella sus llamas: perder el gusto de todo lo que no es Dios y dejarse a sí misma, hasta tenerse en *nada.* ¿Los ha obrado ya en mí?

Día 37

Meditación. Cómo regocijar el corazón de Dios

PUNTO 1.º *Si tu alma poseyera la sabiduría, mi corazón se regocijará con el tuyo* (1).

¿Cuál es esta sabiduría que quien la posee tiene la dicha de regocijar el Corazón de Dios? ¿De qué clase es y qué asignaturas es necesario cursar para poseerla?

Esta sabiduría no es otra que la santidad; y las asignaturas que hay que estudiar para adquirirla, son las virtudes perfectas, que ella encierra. No hay sabios del mundo, por muy sabios que sean, que puedan compararse con los santos. Estos son los grandes y verda-

(1) Prov. XXIII, 15.

deros sabios, pues han conocido lo que ignoran a veces los primeros. Como nadie, han conocido a Dios, la nada de todo lo que pasa, el valor de lo que es eterno, lo muchísimo que vale el alma y lo poco que vale el cuerpo, los grandes secretos del amor divino, de la divina unión, los inefables misterios del sufrimiento y los que en la contemplación divina se descubren, las maravillas que obra la gracia, los prodigios que existen en el mundo sobrenatural. ¿Qué ciencia humana es superior a tan celestiales ciencias y qué sabiduría terrena es semejante a esta sabiduría angélica?

La santidad es, pues, la sabiduría que he de procurar adquirir, estudiando para ello todas las virtudes, practicándolas con gran perfección y aun en grado heroico; haciendo cuanto pueda para conservar muy pura mi inteligencia y mi corazón a fin de adelantar más rápidamente en tan divinas ciencias.

Si así lo hago *se regocijará en mí el Señor;* el cual, siendo Santo y el Santo de los santos, se goza sobremanera al hallar en un alma la santidad, asegurándole tener en ella sus delicias al

decirle: *Mi corazón se regocijará con el tuyo*. Es como si le dijera: En un gozo íntimo y complacencia mutua se unirán los dos corazones, el mío y el tuyo, pues entre los dos existirán inefables armonías de pureza, de virtud y de santidad.

¡Dichosa el alma que, por su santidad, merece que el Corazón de Dios se regocije en ella y con ella!

PUNTO 1.° Conviene mucho notar que dice el Señor: *Mi corazón se regocijará con el tuyo*. No solamente en el tuyo, sino con el tuyo, que es lo mismo que decir, nos regocijaremos juntos los dos. ¡Oh, sí, qué goces tan puros y divinos tienen lugar entre Dios y el alma, y entre el alma y Dios, después de un vencimiento, de un sacrificio costoso, de un generoso acto de virtud, al mostrar Dios al alma su amorosa complacencia y ella a Dios su amorosa fidelidad! ¡Cuán deliciosos regocijos hallan ambos en esta dulcísima intimidad!

Ahora bien, en el grado de virtud y fidelidad que tengo y en el de santidad que poseo ¿puede el Corazón divino gozarse siempre en mí, y más todavía con-

migo? Nada ya ha de costarme con tal que logre tal dicha. Pero, como por mí misma es imposible lograrlo, el Espíritu Santo viene en mi auxilio diciendo: *Dame, hija mía, tu corazón* (1), que si de él me haces total entrega Yo lo transformaré y de un corazón de mujer haré un corazón angélico; de un corazón humano, un corazón divinizado; lo que importa es que me lo des, y que me lo des cual si fuese un órgano muerto para que Yo lo anime.

Si esto hiciere, muy pronto dejaría de ser mi corazón lo que es: egoísta, susceptible, imperfecto. A una total transformación del corazón me obliga mi vocación santa, enseñándome San Francisco de Sales, el medio de llegar a ella cuando me dice: que he de renunciar a todos los movimientos de mi corazón, menos al que me lleve a amar a mi celestial Esposo.

¡Cuántos y cuántos impulsos experimenta mi corazón distintos, y aun contrarios a esto! ¡Cuántos movimientos irregulares en él! Reducirlos todos a la

(1) Prov. XXIII, 26.

unidad del amor divino, del purísimo amor a Jesús, es el trabajo que quiere llevar a cabo en mí el Espíritu Santo si se lo dejo hacer, si del todo es dueño de él.

Día 38

Meditación. De qué manera visita Dios el alma

PUNTO 1.º *Vendrán los días de la visita del Señor; los días de sus retribuciones* (1).

Todos los días, de una manera o de otra, Dios visita al alma, ya para detenerla en la pendiente del mal, ya para sostenerla en el camino del bien, a fin de que ande por él con aliento y sin desmayo. Pero, por esos *días de la Visita del Señor,* no hay que entender los ordinarios en que viene al alma, sino otros en los cuales de un modo muy particular le visita.

Cuáles son esos días, porque no se trata de uno solo, sino de muchos o por lo menos de varios; como tampoco se

(1) Oseas, IX, 7.

trata de muchas visitas; sino de una sola. Es, podríamos decir, una visita que dura muchos o varios días: una visita de amorosa predilección, una visita que lleva consigo grandes bienes.

Esta visita especial del Señor al alma, es para mí el sufrimiento, es el dolor; visita que era para los santos regaladísima, por poder en ella mostrarle la sinceridad de su amor. ¿Lo es para mí? ¿Cómo recibo la visita de Jesús cuando viene a mí con su santísima cruz?

Después que el alma se ha purificado o ha hecho cuanto ha podido para purificarse, el mayor regalo que Dios puede hacerle es darle ocasiones de poder padecer por El; porque, como dice el Espíritu Santo, todo el mérito de ella se halla en sufrir por un principio de amor divino.

Los sufrimientos, las tribulaciones, las penas, los dolores, constituyen los grandes favores con que Dios recompensa a las almas más queridas, los servicios que le hicieron. Son, por lo tanto, a menudo estos días, los días *de sus retribuciones*. Y tanto más lo son, cuanto que cuando viene a nosotras la cruz vie-

ne siempre con Jesús. Siendo esto así, ¡con qué alegría debo recibir *su visita* y cuán grande ha de ser mi gratitud por ella! ¿Son tales mis sentimientos cuando de esta suerte me visita Jesús?

PUNTO 2.° *¡Ay de los que pierden el sufrimiento* (1).

De muchas maneras puede perderse el sufrimiento, es decir, su mérito. Y es realmente tristísima cosa el padecer inútilmente y más todavía el convertir la triaca en ponzoña por no someterse a él, ni quererlo llevar con resignada paciencia. Esto es lo primero, que nos lo hace perder. Mas, nos quita también el mérito de lo que sufrimos, el buscar la compasión de las criaturas y nuestros consuelos en ellos de una manera puramente natural. ¡Oh! ¡Cuántas piedras preciosas de virtudes, destinadas a brillar eternamente en nuestra corona, las perdemos por no saber *guardar el secreto del Rey*, en lo que nos molesta, mortifica y hace sufrir, pasándolo en silencio y consolándonos sólo con Jesús, sobre todo en esas penas pequeñitas en

(1) Eccles., II, 15.

las cuales más que ciencia, se necesita paciencia para sacar de ellas los grandes bienes que El se propone al enviárnoslas, o permitir que lleguen a nosotras!

Como suma desgracia mira semejante manera de proceder el Espíritu Santo, y por esto exclama: *¡Ay de los que pierden el sufrimiento!* ¡Oh! ¡Qué lástima que no sepan estimar y apreciar el *don de Dios!* ¿Lo sé estimar y apreciar como tal yo? ¿Qué uso hago de él? ¿Sé recoger cuanto me hace padecer, cual *manzana de oro,* y esconderlo dentro de mi corazón a fin de que nadie me robe su mérito, como nos lo encarga San Francisco de Sales?

Día 39.

Meditación. Lo que debe ser el corazón de un alma consagrada

PUNTO 1.º *Guarda mis consejos y deposita en tu corazón mis preceptos* (1).

Para aprovechar cuanto el Espíritu Santo me ha enseñado durante estos días de más íntima comunicación con El, debo no olvidar nunca las luces divinas que se ha dignado darme para que siendo fiel a ellas entre más de lleno en los amorosos designios de santidad, que formó sobre mí.

El corazón del alma consagrada a Dios debería ser como un *archivo* secreto donde guardase los consejos, los preceptos, las inspiraciones y las palabras que de Dios ha recibido, a fin de

(1) Prov. XI, 1. — VII, 1, 4.

recordarlas, rumiarlas sin cesar, poniéndolas luego en práctica.

¡Oh! ¡Cuántos y cuán preciosos documentos de santidad y de perfección podría poseer hoy en mi corazón, si cuidadosamente los hubiera archivado en él!

Mas, lejos de hacerlo así, con frecuencia los he dejado perder o permitido que me los robasen la disipación, la inconsideración y la ligereza, esos terribles ladrones que en un momento dejan, aun al alma más rica de dones divinos, en una completa pobreza.

Vea, pues, ahora qué es mi corazón. ¿Es un archivo divino o humano? ¿Qué guardo en él? ¿Las palabras de Dios o las de las criaturas? Sea mi corazón en lo sucesivo archivo divino, no semejante *a una olla que esta hirviendo*, según frase del Espíritu Santo (1).

Sería tal, si permitiese que entrasen en él inutilidades, deseos, afectos y sentimientos terrenos, que lo desasosegasen y quitasen esa especie de *ritmo celestial*, que ha de tener siempre el de una verdadera esposa de Jesús.

(1) Jerem., I, 19.

PUNTO 2.º *Se recrea entre azucenas* (1).

El alma fiel en hacer siempre cuanto el Espíritu Santo le manda y le pide, es un alma pura; una de estas blancas azucenas del cielo que florecen algunas veces en la tierra, y entre las cuales este divino y purísimo Espíritu se suele complacer y aun recrear.

Si quiero ser yo una de ellas ya sé lo que me toca hacer; mantenerme siempre muy pura, mediante una perfecta, constante y continua fidelidad a sus preceptos y a sus consejos, no apartándome nunca de ellos. ¿Lo hago así?

Si así lo hiciere, no solamente tendría en mí sus complacencias y aun su recreo el Espíritu Santo, sino que me comunicaría el inestimable bien de su paz, cumpliéndose en mí una de sus promesas que dice: *Derramaré sobre ella como un río de paz* (2).

La paz es la obra de la justicia; y su efecto el sosiego y seguridad sempiternos (3).

(1) Cánt. II, 16.
(2) Isai., LXVI, 12.
(3) Isai., XXXII, 17.

Ahora bien, la justicia se halla para mí, en una perfecta, completa y continua fidelidad a la cual se sigue la paz interior, la paz del corazón, la paz del cielo, que es un bien superior a todo bien, porque lo que es para el cuerpo la perfecta salud, es para el alma la *paz de Dios*.

Con ella está siempre dispuesta para todo lo bueno, y sin ella ni valor tiene de coger una paja del suelo. Por esto me es tan necesario tener paz y tenerla en abundancia, y el divino Espíritu la derrama en el alma fiel, y quiere también derramarla en mí si yo lo soy. ¿Soy acaso, por mi pureza y por mi fidelidad, una de esas azucenas entre las cuales se puede recrear? Al venir a mí ¿no se ve obligado a retirarse, en alguna ocasión, por no hallarme en el grado de pureza, de fidelidad y de amor, que desea para poder darse a mí y derramar en mí *como un río de paz?*

Día 40

Meditación. A qué viene el Espíritu Santo

PUNTO 1.º *He ahí que voy a crear nuevos cielos* (1).

¿Dónde va a crear esos nuevos cielos el Espíritu Santo?

Va a crearlos en las almas puras, en las almas amantes, en las almas fieles; en aquellas que del todo se le han entregado, haciendo de ellas para Jesús verdaderos cielos de amor, y en las cuales El halle su reposo, sus complacencias y sus delicias; en las cuales encuentre algo de lo que en su celestial Empíreo tiene.

Para que en mí lo halle, he de pensar como en el cielo se piensa; he de juz-

(1) Isai., LXV, 17.

gar y apreciar todas las cosas como en el cielo se juzgan y se aprecian; he de amar, como en el cielo se ama; he de sentir, hacer su voluntad y alabarle, como en el cielo se hace.

En fin, para que Jesús halle en mí su cielo, es necesario que encuentre en mí la pureza, el amor, la santidad y la unión con El que en el cielo reina; poseyéndome, en lo posible, como en el cielo posee a sus elegidos. ¿Lo encuentra en mí? ¿Qué he de hacer para que lo encuentre?

El fin de su venida a la tierra es precisamente éste, santificar las almas, disponiendo y creando en ellas cielos de pureza, de santidad y sobre todo de amor purísimo y dc perfecta caridad.

Procurar ser yo uno de estos cielos, haciendo cuanto esté de mi parte para lograrlo, debe ser mi única aspiración.

¡Feliz el alma en la cual Jesús encuentre su cielo!

¡Ser un cielo para Jesús! ¡Qué dicha la mía si esto obtuviera! Como nunca he de procurarlo, pues tan ofendido es aun de las almas que sólo debieran darle consuelo y satisfacciones.

PUNTO 2.º *Quien sea párvulo o sencillo véngase a Mí* (1).

Con estas palabras me indica el Espíritu Santo que el medio mejor y más eficaz que puedo tomar para que El pueda hacer de mi alma un cielo para Jesús, es el de la sencillez, a fin de que mediante la práctica de esta virtud me transforme en una niña, pero en una niña que tenga las hermosas cualidades de la infancia sin tener sus defectos: en una niña del todo celestial.

Es lo mismo que si este Espíritu divino dijera, que el alma que en este sentido espiritual es niña, es decir, pura, inocente, candorosa e ingenua, que no titubee en ir a El, porque si a El se entrega, hará de ella un cielo para Jesús, un verdadero *cielo de amor.*

¡Oh! ¡Cuántas maravillas obra el Espíritu Santo en estas almas niñas por su sencillez, aun teniendo muchos años de edad! ¡Cuánto he de trabajar yo para adquirir esta virtud con perfección, si quiero que las obre en mí! ¿La tengo? Mi vocación me obliga a distinguir-

(1) Prov. IX, 4.

me en ella de un modo muy especial, puesto que así se lo dijo Jesús a nuestra Santa Madre: "Quiero, le dijo, que mis esposas sean tan puras, inocentes y sencillas que no tengan en todo cuanto hacen más que una sola mirada, y que ésta sea para Mí." Y San Francisco de Sales desea y quiere que todas sus hijas sean como blancas palomas en la inocencia, candor y simplicidad. ¿Lo soy yo?

Meditación. Para el día de Pentecostés

PUNTO 1.º *Yo haré conocer mi santidad en los que se lleguen a Mí* (1). ¿En quién hará conocer el Espíritu Santo su santidad?

En el alma que habiéndole ya recibido se ha entregado toda a El, y en su consecuencia, en la que ya posee y es dueño absoluto de ella, por seguir siempre y en todo su dirección divina, sus impulsos y divinos movimientos.

En esta alma aparecen como destellos de la santidad divina, en sus miradas, en sus palabras, en sus maneras, en su porte... por ser en ella todo santísimo y sus virtudes como reflejos de las perfecciones de Dios. ¡Dichosa el alma que a tan sublimes alturas logra llegar!

Todas, no obstante, podemos aspirar

(1) Levítico, X, 3.

y aun subir a ellas, no teniendo otra cosa que hacer para ello, más que mantenernos en una constante dependencia de la acción del divino Espíritu, después de habernos entregado a El enteramente. ¿En qué grado tengo yo esta dependencia? ¿Me encuentra siempre dócil a sus inspiraciones divinas? ¿No le resisto nunca?

Ahora bien, aun cuando el Espíritu Santo posee toda santidad, la plenitud de la santidad infinita de la Divinidad, al decir, *que hará conocer en los que se lleguen a El su santidad,* parece indicarnos con esto, que la que es como propia suya, tiene especiales caracteres. ¿Cuáles son estos caracteres?

Los especiales caracteres de la santidad que de un modo especial admiramos en el Espíritu Santo y que El quiere comunicarnos, son: la pureza en su mayor simplicidad y así, se complace en tomar la forma de blanquísima paloma. El amor divino, que por ser en El ardentísimo e infinito nos lo revela bajo la figura del fuego... La perfecta caridad, y en ella esa suavidad y esa bondad que viene a ser como la quinta esencia de

esta virtud, que es la reina de todas las virtudes y su delicado y delicioso perfume.

PUNTO 2.° En el alma donde el Espíritu Santo mora como de asiento, es decir, que es posesión suya por completo, se echa de ver todo lo dicho.

Sí, en el alma que el Espíritu Santo posee, todo respira *pureza,* todo *simplicidad* columbina: sus miradas, sus palabras, sus sonrisas, su porte, sus maneras...; porque estando siempre íntimamente unida con El, y pendiente siempre de su acción divina, todos sus actos vienen a ser, como otras tantas emanaciones santísimas que se exhalan de tan divino Manantial.

Y ¿qué decir del amor, otro de los caracteres que tiene la santidad considerada como particular atributo del Espíritu Santo, si en tanto que de El el alma no se separa, vive siempre de amor, y en amor se transforma toda ella, de suerte que no sabe más que amar, ni quiere otra cosa más que amor y convertirlo todo en amor y en amor divino?

Como Santa Margarita María, esta alma puede decir: "El amor me posee y

el amor me basta." A consecuencia de esto reina también en ella la *perfecta caridad* con todas sus delicadezas y con ese sello de suavidad y de bondad que lleva consigo la caridad de Dios, que es la única verdadera. La que de esta caridad no procede, jamás será perfecta ni verdadera antes sólo aparente.

Este toque de dulcedumbre, este toque de benignidad aparece siempre en el alma poseída y regida por el Espíritu Santo.

Esta alma no hace más que sembrar flores por el camino por donde pasan los demás: flores de santo amor y rosas de caridad divina. Porque para todos tiene una mirada afectuosa, una palabra dulce, una sonrisa amable, un proceder delicado.

¡Dichosa el alma en la cual el Espíritu Santo hace de esta suerte *patente su santidad!*

¿Aparecen en mí estos rasgos o especiales caracteres de ella? ¿Se echa de ver en mí, esta alma que sólo respira pureza y santa sencillez? ¿Esta alma, como transformada y convertida en amor divino? ¿Esta alma que por su

delicadísima caridad hace felices a cuantos la rodean? ¿No son nunca espinas, lo que por mi causa hallan en su camino mis semejantes?

Si hasta hoy no hubieren aparecido en mí esos rasgos, de hoy más, contando con la gracia divina, aparecerán, por la total entrega que de todo mi ser he hecho ya al Espíritu Santo y lo muy fiel que propongo mantenerme siempre, y en todo dependiente de su divina dirección.

A. M. D. G.

ÍNDICE

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

RETAZOS ESPIRITUALES

POR LA AUTORA DE

SOLA CON JESÚS

Tres tomos de más de 500 páginas cada uno, tamaño 12 × 17 cm., impresas sobre excelente papel satinado, como la muestra

---

Al querer hacer una como especie de presentación de esta interesantísima obra, no hallamos medio más a propósito que la transcripción íntegra del Prólogo con que la autora abre el primer volumen.

«No es propiamente una obra ascética ni mística la que ofrecemos a las almas consagradas a Dios y aun a las personas que viven en el mundo.

Como el título del libro indica ya, es tan sólo una colección de fragmentos tomados de esas santas conversaciones o pequeñas conferencias tan en uso en los Monasterios y Casas Religiosas y de las cuales gustan tanto las almas en ellas recogidas, siempre ávidas de mayor perfección.

No hay, pues, que buscar aquí, mérito alguno literario, ni elegancia de estilo, ni siquiera ilación o trabazón lógica entre las materias tratadas. De nada de esto nos hemos preocupado en nuestras espirituales expansiones con nuestras Hermanas de Religión. Lo que únicamente hemos pretendido en ellas ha sido ayudar a las almas a corresponder fielmente a la gracia de su vocación, a amar cada día más y más a Jesús, a fin de lograr la felicidad que en el retiro del claustro experimenta la religiosa y las inefables delicias de que goza en su amorosa unión e intimidad, cuando se mantiene pura y fiel.

Dígnese el Señor, por su infinita bondad y misericordia, echar su bendición copiosa y fecunda sobre este modestísimo trabajo, a fin de que pueda fructificar abundantemente en las almas, sobre todo en las que se han consagrado a Él en el estado religioso y a cuyos ruegos hemos accedido al publicarlo.»

Pero nos atreveríamos a añadir que la sencillez y naturalidad que acompañan estas páginas muestran muy a las claras que no son fruto del estudio, ni del raciocinio, ni de la especulación, sino de *la atención a Dios* y del trato habitual y familiar con Él, que es siempre para el alma un manantial inexhausto de luz, de santidad y de amor. Y no es aventurado descubrir en esto, precisamente, el por qué estas, tan humildemente llamadas conversaciones, adquieren tal relieve y amplitud que las hacen inestimables para toda persona piadosa que sienta ansias de perfección.

SOLA CON JESÚS, por UNA RELIGIOSA DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA. (Octava edición.)—Volumen de unas 360 páginas, 15×10 cm., hermosamente impreso y encuadernado en rústica o tela.

Es una bellísima colección, un curso, por así decirlo, de jugosas meditaciones propias para durante lo que San Ignacio llama una semana de Ejercicios Espirituales.

Toda suerte de religiosas y cuantas personas del sexo femenino que, sin morar en el claustro, aspiren a vivir una vida de perfección y unión con Dios, se servirán con notable aprovechamiento de las presentes meditaciones, nutridísimas de sólida y espiritual doctrina, basada en los incontrastables principios de la fe, en las verdades eternas y en los consejos evangélicos.

COMENTARIO AL DIRECTORIO ESPIRITUAL DE SAN FRANCISCO DE SALES PARA SUS RELIGIOSAS. (Segunda edición.)—Volumen de cerca de 400 páginas, 17×11 ½ cm., encuadernado en tela.

Es una profunda exposición de los preceptos y consejos que San Francisco de Sales diera a sus hijas de la Visitación, un tratado ascético utilísimo para las almas que aspiran a una íntima unión con Dios.

EL ESPÍRITU VISITANDINO, por UNA RELIGIOSA DE LA VISITACIÓN. (Tercera edición.)—Volumen de más de 300 páginas, 15×10 cm., encuadernado en rústica o tela.

Con notable aprovechamiento de sus almas recorrerán las páginas de este bellísimo libro toda suerte de religiosas y demás personas que anhelan correr a pasos agigantados por el camino de las más sólidas virtudes.

INFANCIA ESPIRITUAL.—*Retiro para prepararse a la Natividad de N. S. Jesucristo.* (Segunda edición.)—Librito de unas 100 páginas, 15×10 cm., en rústica o tela.

Con el tino y unción especialísimos que tanto caracterizan todos los escritos de la autora, va estudiando paso a paso, junto a la infancia de Jesús, las principales virtudes que han de adornar a toda alma que de veras desea consagrarse al servicio divino.

PENTECOSTÉS.—Meditaciones para prepararse a la Venida del Espíritu Santo. (Tercera edición.)—Volumen de unas 150 páginas, 15×10 cm., en rústica o tela.

La mística autora ha querido llenar con este exquisito trabajo, el vacío que parece notarse entre la multitud de libros devotos; que mientras hay libros especiales de meditaciones sobre Jesucristo, la Santísima Virgen, San José, etcétera, apenas si existen sobre el Espíritu Santo.

ESUCRISTO EL ESPOSO DIVINO.—Meditaciones sobre el Santo Evangelio. (Segunda edición.)—Seis volúmenes de unas 400 páginas cada uno, 15×10 cm., en rústica o tela.

Si **Sola con Jesús** constituye uno de los mejores libros para *Ejercicios Espirituales*, **Jesucristo el Esposo divino** es el libro de *Meditación diaria* durante el año.

Su plan no es otro que la vida de Jesús, y su fondo único el Santo Evangelio. Lo que pudiéramos llamar especialidad inimitable de la presente obra es la forma del comentario. Docto, sin parecerlo, hasta el punto de que las personas más ilustradas pueden sacar provecho de su lectura, aparece esencial y característicamente devoto. En este sentido ha de calificársele, sin disputa, como tipo clásico de meditaciones devotas, tan lejos del floreo literario y de la sensiblería retórica, por no llamarle semisensual, como del conceptismo que se esfuerza en sacar jugo de todo, a despecho de la naturalidad y del buen sentido.

La obra que nos ocupa parece simplemente el Evangelio leído a través de un alma sencilla, extraordinariamente dotada por la gracia de una percepción sutilísima de todo lo sobrenatural, la cual, leyendo el Evangelio, levanta acá y allá consideraciones y afectos que brotan espontánea-

mente de su pluma y que fuerzan, por decirlo así, al amor hacia Jesucristo, verdadero Esposo Divino de las almas a Él consagradas. La obra entera se divide así:

Vol. I. — VIDA OCULTA DE JESÚS.
Vol. II. — VIDA PÚBLICA DE JESÚS (1.ª parte).
Vol. III. — VIDA PÚBLICA DE JESÚS (2.ª parte).
Vol. IV. — VIDA PÚBLICA DE JESÚS (3.ª parte).
Vol. V. — PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS. — VIDA GLORIOSA DE JESÚS.
Vol. VI. — MEDITACIONES SOBRE ALGUNOS MISTERIOS Y FIESTAS DE SANTOS.

COMENTARIO A LA REGLA DE SAN AGUSTÍN. Precedida de un Prólogo de San Francisco de Sales sobre la misma. — Tomo de 516 páginas de texto, tamaño 12×17 cm., nítidamente impresas sobre papel verjurado, precedidas de un hermoso grabado sobre papel mate.

Podemos considerar la obra dividida en dos partes: la primera, subdividida en veintitrés apartados, comprende la transcripción íntegra y exacta del Prólogo con que el Santo Obispo de Ginebra acompañó la Regla del Santo Padre de la Iglesia, al escogerla él mismo para las Religiosas de la Visitación; la segunda, formada con una especie de prefacio y veintisiete capítulos, comprende la transcripción íntegra y exacta de la Regla de San Agustín.

Uno y otra son seguidos y comentados, frase por frase y pensamiento por pensamiento, por la inspirada autora, quien tiene la virtud de revelarnos, con una claridad y unción que subyugan, esa múltiple gama de matices con que los Santos han dejado traslucir el camino de la perfección, para ejemplo de las almas escogidas y edificación de todas.

CONSIDERACIONES PARA RENOVACIÓN DE VOTOS, escritas por UNA RELIGIOSA DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA. (Segunda edición.) — Librito de 72 páginas, 12 × 18, impresas sobre papel verjurado y encuadernado en tela.

La dulce piedad, y a la vez profunda, de los frutos de tan inspirada pluma, nos relevan de toda recomendación, pues a todas supera poder anotar al pie de sus títulos:

Por la autora de Sola con Jesús